

# LA ILUSTRACIÓN ASTURIANA

PROPIETARIO Y  
DIRECTOR.  
EDMUNDO DIAZ DEL RIEGO

SAN ESTEBAN DE PRAYIA

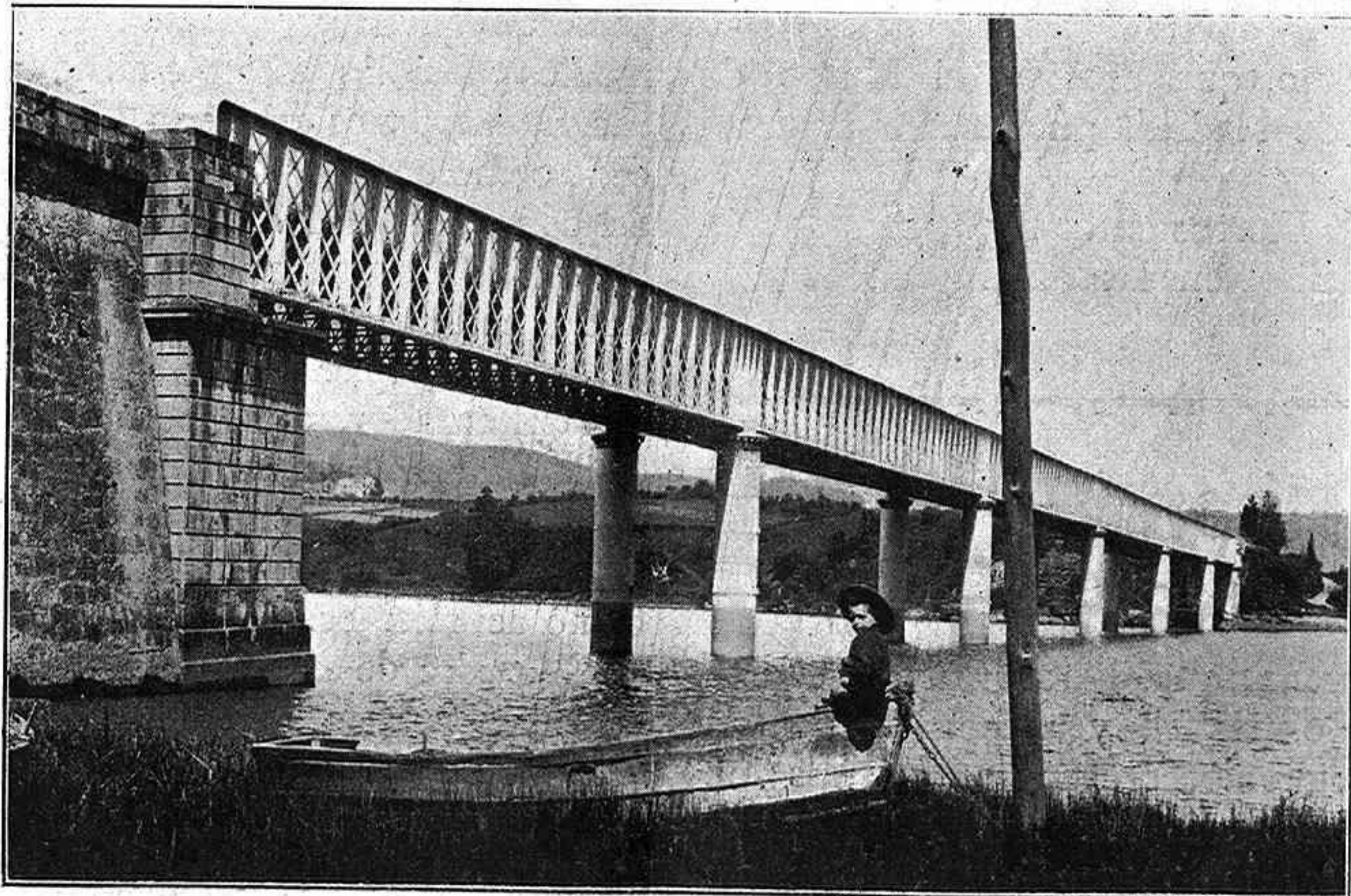
SE PUBLICA TODOS LOS MESES

## SUMARIO

TEXTOS: *Asturianos de Ayer*.—*El hombre so'o*, por R. S.—*Bajo el Manzano*, (poesía) por Félix de Monterrey.—*El Cristo de Rosina*, por Edmundo Díaz.—*Avilés*, por E. D.—*Nun Albúm*, (poesía en bable) por Pepín Quevedo.—*El Castillo de San Martín*, por Antonio Arango.—*Invierno*, (poesía) por Amancio Díaz.—*Nieve*, por Leocadio Martín Ruíz.—*Sueños*, (poesía) por M. de T.—*El hombre*, por F.—*Noviembre*, (poesía) por Amancio Díaz.—*Leyendas* en verso. El Cristo de Candás. Las dos tempestades, por Ludeamaro.—Otros trabajos.

GRABADOS: Puente de hierro que une los concejos de Muros y Soto del Barco, (Fot. del Sr. Martín).—D. Dionisio Fierros.—Plaza de Muros.—Fuente de Santarúa en Candás.—Puente del «Gaso» en la línea del Ferrocarril Vasco-Asturiano, (Fot. de Sr. Martín).—Teatro de Dindurra en Gijón, (Fot. de D. Juan Antonio Tuero y Muñiz).—Puente de madera que los vecinos de Quinzanas construyen sobre el río Narcea, (Fotografía del Sr. Piro y M.éndez).—Vapor «Chio» en alta mar, frente al Puerto de San Esteban, (Fot. del señor Martín).—Procesión del Corpus en Pola de Lena.—Mercado en Pola de Lena.—Desembocadura del Nalón, La Arena.—Un Mendigo, (Cuadro del pintor Fierros).—Puente de la Regla en Cangas de Tineo, y Puente del Infierno en id., (Fotogs. de D. M. Gómez).—Establecimiento balneario del Puelo, (Fot. de don M. Gómez).—Paseo de Fray Martínez Vigil en Noreña, (Fot. de D. Alejandro R. Bustelo).—Palacio del Conde de Revillagigedo en Gijón.—Nuevo Seminario de Oviedo.—Conquistas del Progreso.—Vista de San Salvador (Pico del Gorrión) Quirós.—Vista general de Navia.—Caldas de Priorio.—Vista general de Covadonga.—Fábrica de Mieres y otras.

## ASTURIAS PINTOESCA



Puente de hierro que une los concejos de Muros y Soto del Barco. (Fot. del Sr. Martín).



## ASTURIANOS de AYER

### D. Dionisio Fierros

**R**L pintor Fierros, cuyo retrato publicamos en esta página, nació en Ballota (Cudillero) en el 1827. Estudió bajo la dirección del eximio



Madrazo y ocupó puesto distinguido entre los pintores de su época.

Dedicóse con especialidad al retrato, pero su pincel vigoroso ejecutó otros trabajos de indiscutible mérito.

Dignos de especial mención son sus cuadros *Enrique el Doliente*, *Declaración de Amor*, *Muñeira* y *Un mendigo*.

El primero de los citados pertenece al Senado.

Del último, que está en el Museo de Pinturas de Madrid, publicamos aquí un grabado.

Falleció Fierros en el 1894, cuando aún podría realizar en las artes grandes conquistas.

## El hombre solo

**S**IEMPRE que oigo afirmar que el estado más feliz y perfecto del hombre es el matrimonio, cruzan por mi imaginación aquellos antiguos proverbios que dicen: «Pintar como querer» y «Del dicho al hecho hay mucho trecho»; pues no acierto

á explicarme qué felicidad y perfección puede dar un estado que se le llama *yugo* y *cruz*, símbolos respectivos de esclavitud y martirio.

Hay además una porción de refranes y sentencias que como centinelas avanzados advierten el peligro á que se expone todo el que desea penetrar en dicho estado, como por ejemplo:

«Antes que te cases mira lo que haces», «El buey suelto bien se lame», «El que se casa se ata», «Casarse es matarse», etc.

Y si esto no bastara, una de las primeras lumbreras literarias del pasado siglo, Víctor Hugo, refiriendo la historia de un amigo suyo, la termina de esta manera: «Tuvo un fin trágico. ¡¡Se casó!!»

Se me dirá que el autor que he citado ha sido casado; pero eso precisamente da más fuerza á mis argumentos, porque si cada uno habla de la feria según le va en ella, á confesión de parte, relevación de prueba.

El «hombre solo», que así dan en llamar á todo el que no pertenece á la gran cofradía del santo evangelista, como se dice vulgarmente, parece que debía ser el más considerado, siquiera porque no olvida que quien ama el peligro, en el perece; pero no es así.

Mo hay padre de familia que no vea en cada «hombre solo» un enemigo, una especie de gavián, y procura por todos los medios posibles atraerle hasta el séptimo sacramento; y es que con los hombres sucede como con los pájaros enjaulados; que así como éstos, al verse entre los alambres de su prisión, tienen el mal instinto de atraer con sus gorjeos á los que cruzan libres por el espacio para que caigan en la red del cazador, aquéllos entonan himnos de alabanza á su estado para que el «hombre solo» caiga de cabeza en la vicaría, sin duda con el santo fin de ver al prójimo como así mismos.

El padre de familia que, salvo algunos casos, lo es siempre por su única y exclusiva voluntad, se abroga con el mayor egoísmo todas las consideraciones sociales, sin concederle ni una siquiera al «hombre solo», y hasta llega á creerse con el derecho



de que los demás le ayuden á llevar la carga cuando á él le convenga.

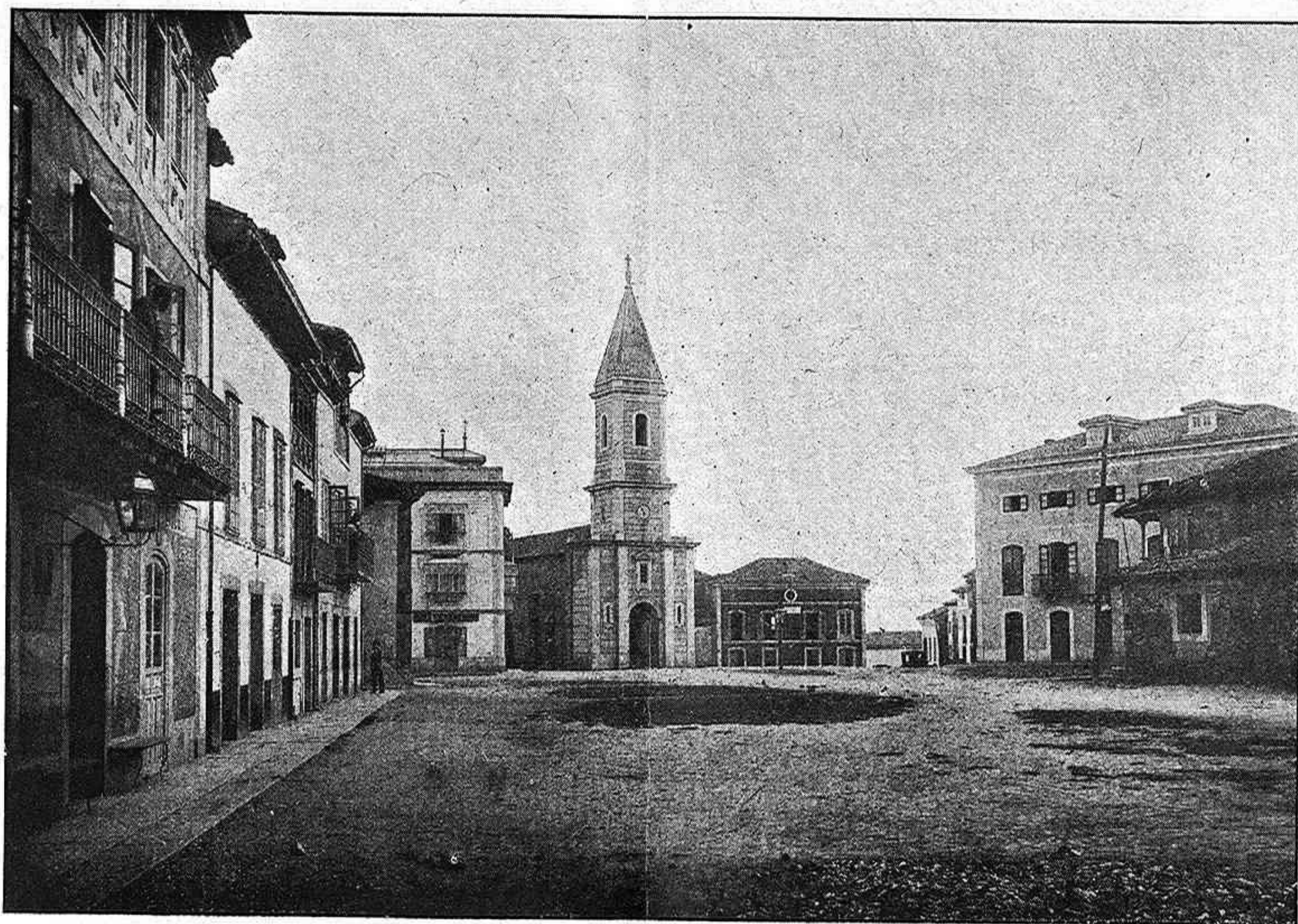
Deja un padre de familia toda su fortuna á los piés de un caballo, la deposita en las blancas manos de unas cuantas dulcineas, no del Toboso, ó la destruye en crápulas y orgías, y lo más que de él se dice, es: ¡Qué cabeza!

Se permite el «hombre solo» jugar un décimo de lotería, obsequiar á una modistilla con vaso de orchata, ó tomar una caña de manzanilla, y en seguida dicen de él: ¡¡Qué perdido!!

Es tal la aversión que se tiene al «hom-

destino ó pedir cinco duros con la seguridad de que tiene andado la mitad del camino para lograr lo que se propone con soltar la frase sacra: ¡Soy un padre de familia! El «hombre solo» es inútil que lo intente como no tropiece, por una rarísima casualidad, con algún Mecenaz, porque así como hay muchos que afirman que el poeta para estar inspirado debe tener hambre, hay quien no cree que el «hombre solo» pueda tener necesidades.

Llega un día en que el hombre solo,» se ve por cualquiera de las vicisitudes de la vida rodeado de privaciones; recurre á los



Plaza de Muros

bre solo,» que hay padre de familia que aunque tenga á todos los individuos que la componen con más lepra que el Simón de la Biblia, es capaz de quedarse sin prole antes que consentir que pise su casa un médico que sea *solo*, aunque posea más ciencia que Hipócrates, Galeno y Esculapio, ni confiarle sus pleitos y negocios á un Licurgo ó un Solón, como no tenga tantos vástagos como Abraham.

El padre de familia puede solicitar un

amigos, y si, por milagro, alguno le presta una peseta, al día siguiente todo el mundo huye de él, porque su *espléndido* protector ha esparcido la voz de que vive del *sablazo*.

Busca donde ganarse un pedazo de pan, no lo encuentra; tiene que contraer deudas, crecen sus atenciones, le asedian los *ingleses*, llega á no tener ni donde cobijarse, ni ropa para cubrir sus carnes, si algunas le quedan, y como las leyes no permiten ir de



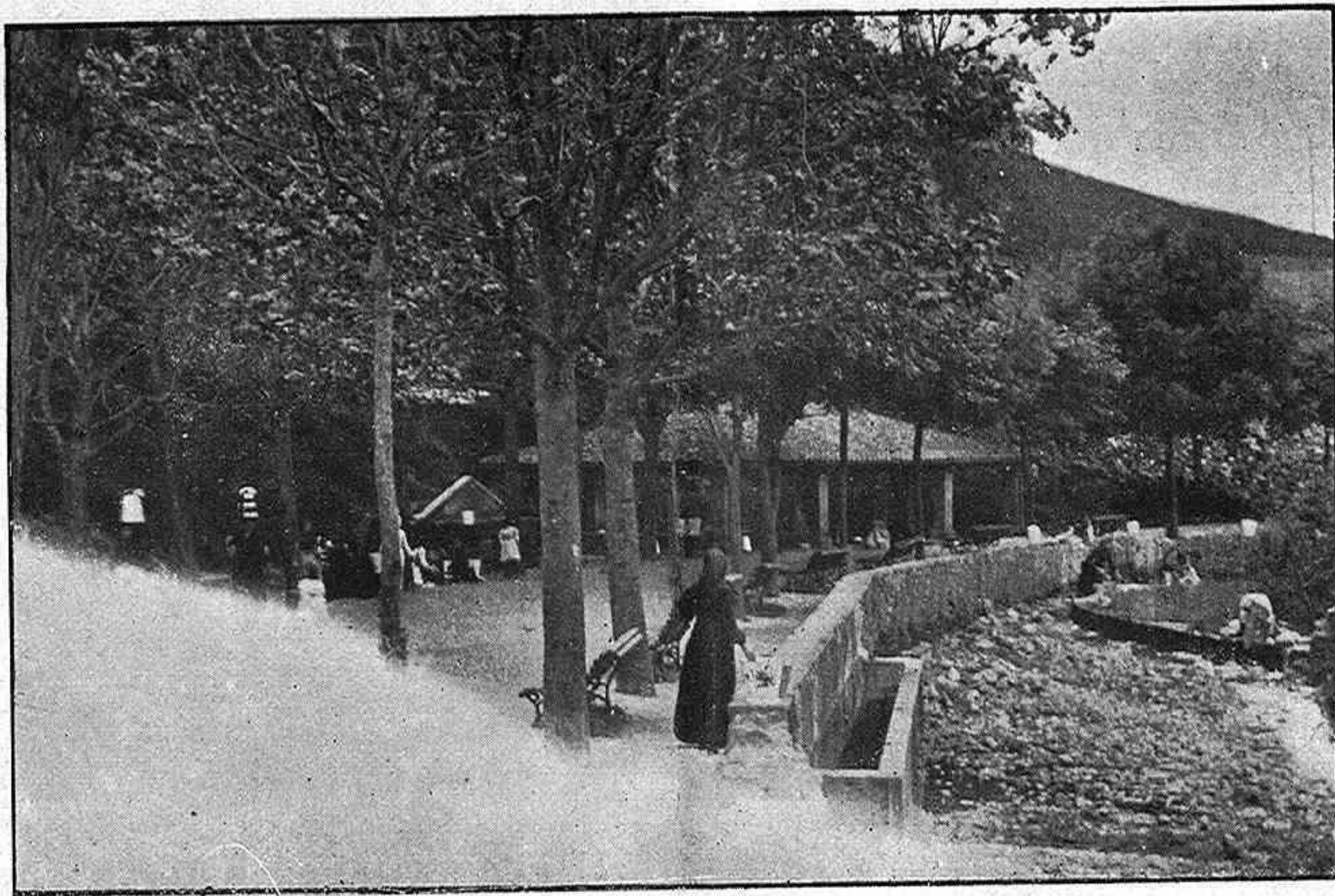
traje de Adán, ni las autoridades consienten que se duerma en las calles, y el inflexible estómago es tan positivista que no admite ofertas, ni mimos, ni consejos, acaba el desgraciado por suicidarse.

Al día siguiente anuncian los periódicos la catástrofe, y al oír la lectura no falta quien diga: ¡Infeliz! ¿Y tenía mucha fami-

lia?—No; era un «hombre solo,» contesta el lector. Y como coristas ensayados exclaman los oyentes: ¡Qué animal!

¡¡¡Animal!!! Este es el *resquencant in pace* que media humanidad dedica al «hombre solo.»

R. S.



CANDÁS. Fuente de Santarúa

## Bajo el Manzano

¡Ya he vuelto árbol querido!... Por fin piso la al-  
(fombra  
de la menuda yerba que crece en tu redor;  
ya siento la frescura de tu bendita sombra,  
aquí, donde hasta el aura parece que me nombra  
al agitar sus hojas con plácido rumor.  
¡Cuán larga fué mi ausencia!.. Mas su combate rudo  
jamás borró el recuerdo que me llevé de aquí;  
y hoy que á mi dulce madre con santo amor acudo  
á recibir tus risas y á darte mi saludo  
desde el hogar bendito corriendo vengo á tí.  
¡Lo mismo; tan lozano!... Con más vigor al cielo  
su copa se levanta que cuando te dejé...  
Yo vuelvo.. ¡ya ves cómo! Me abate el desconsuelo;  
vencida de tristezas mi frente baja al suelo,  
¡y temo que la tierra manchar puede mi fé!...  
Yo vuelvo como el ave que herida en la llanura,

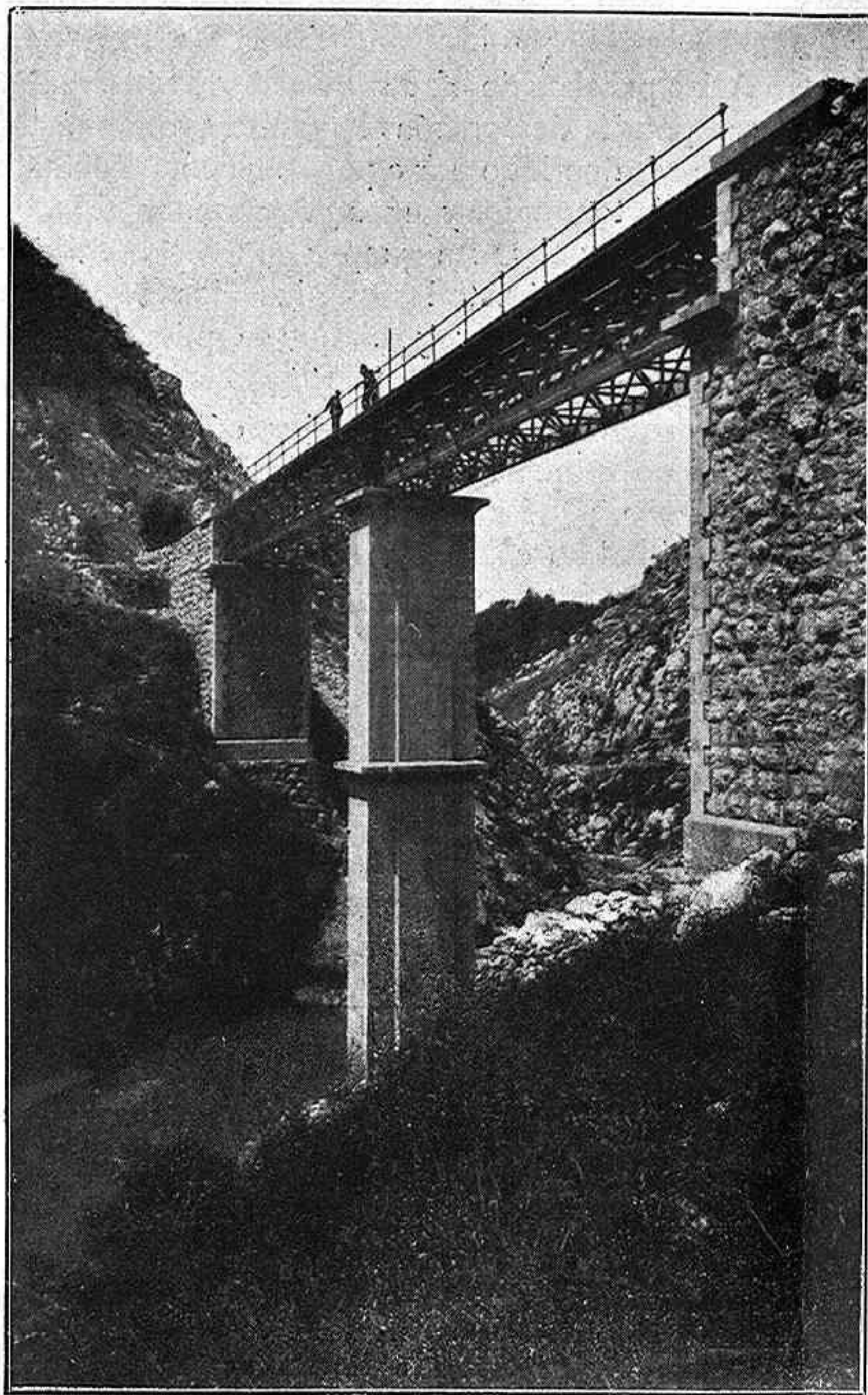
á donde fué buscando más aire en que volar,  
se agita y aletea y en su dolor procura  
llegar hasta su nido oculto en la espesura,  
¡y allí encontrar reposo, y al fin allí espirar!...  
En alas de mis sueños abandoné mis lares;  
dejé de estos contornos la calma y la quietud,  
y en pos de la sirena de pérfidos cantares  
corrí y allé tan sólo dolores y pesares  
que fueron marchitando mi briosa juventud...  
¡Y hoy vuelvo á tí!... ¡A la sombra de tus gentiles  
(ramas!...  
¡al lado de mi madre y al fuego de mi hogar!  
¡á ti que, siempre amante, me acoges y me llamas;  
que en mis heridas crueles el bálsamo derramas  
con que aliviando al alma el cuerpo has de curar!..

FÉLIX DE MONTERREY



## El Cristo de Rosina

**R**ESTABA la noche oscura aunque había un cuarto de luna, pues ésta ocultábase con frecuencia tras negros y espesos nubarrones que fluctuaban en el aire, y cuando libre de toda gasa aparecía en el espacio como raja de melón, apenas si daba más luz que la necesaria para ver las siluetas de los árboles que



Puente del GAFO en la línea del ferrocarril Vasco Asturiano  
(Fot. del Sr. Martín)

parecían fantasmas corriendo por el monte para ir de caserío en caserío implorando plegarias de los sencillos habitantes de Quinzanas. De la vega por donde corría el Narcea enroscándose como una serpiente y bramando como una bestia, subían ráfagas de aire, que, al arrastrar las secas hojas que cubrían el camino, producían ruido semejante al resoplido de monstruos; y de vez en cuando subía también quejumbroso y débil como el suspiro de un moribundo, el tañido de la campana que en la espadaña de la minúscula iglesia se agitaba sacudida por el viento; Manón el labrador más rico de la parroquia, y su esposa Marica,

la mujer más trabajadora y hacendosa que se conocía desde Avilés á Cangas de Tineo, dormían á pierna suelta descansando de las fatigas de un día dedicado á recoger algunas *esquirpias* de castañas, y del desvelo de media noche invertida en hacer varias *riestras* de maíz; en habitación próxima á la del matrimonio roncaba Laura, una mocetona de Cornellana robusta; como un *pegollo* y dócil como una *xata*, quien por la miserable *soldada* de quince duros al año ayudaba á Manón en todas las faenas de la labranza; abajo en la *corte*, aspirando el delicado perfume, de la bienazonada hierba seca que llenaba los comederos, dormían también las vacas, y lo mismo hacía el Canelo, bravo mastín, hecho una rosca en el *pontonao* de la panera, cuya vigilancia le estaba encomendada...

Únicamente permanecía despierta en la casa Rosina, á quien graves preocupaciones impedían conciliar el sueño.

¡Ah! Pero digamos quién era Rosina.

Era la hija única de Manón y de Marica, la chica más guapa del pueblo, y la más galanteada por los mozos de la comarca, que apreciaban en lo que valían la belleza de la rapaza... y los terrones de su padre.

A cortejarla iban desde muy lejos hijos de labradores bien acomodados, que podían comer pan de escanda, americanos que usaban reloj de oro y vivían de dinero colocado en los bancos... (y hasta se dice que en cierto tiempo le hizo el amor un señorito de Pravia, abogado sin pleitos, perteneciente á familia de no pocos pergaminos).

Entre los pretendientes á la mano de Rosina, había uno á quien la voz del pueblo señalaba como *candidato con probabilidades de triunfo*: era D. Rudesindo, un solterón de cuarenta y pico de años, que había venido de Cuba hacía doce, con seis mil duros de capital y los había triplicado, prestando dinero con módico interés de quince ó veinte por ciento con buenas hipotecas, y economizando hasta el extremo de pasar la vida comiendo *boroña* y mal potaje.

No se atrevía D. Rudesindo á ir de frente á la muchacha, porque, lo que él decía: «*á las jovencitas les gusta que les digan palabritas de miel, y á cierta edad no está bien que uno ande con zalamerías y requiveques propios de señoritos pertrimetres.*»

Después de todo, Rosina se casaría con quien le mandase su madre, y por lo tanto, lo práctico era tratar con esta *el negocio* y dejarse de tonterías.

Estaba en lo cierto D. Rudesindo; en casa de Manón no había más voluntad que la de Marica, y lo que esta ordenase tenía que hacerse, pesara á quien pesara.

El cálculo resultó mejor de lo que D. Rudesin-



do se había figurado, pues Marica, que era más lista que una *raposa* comprendió enseguida las indirectas del ricacho, y era tan de su agrado la proposición que con cierta cortedad quería hacerle aquél, que ella misma le salió al atajo en la conversación é hizo que se expresara con toda la claridad que el caso requería.

Por cierto que cuando nuestros personajes estaban en lo más importante de la conferencia, pasó por delante de la casa un mozo de la próxima *quintana* con la guadaña al hombro, miró hacia dentro, sonrióse y marchó cuesta abajo cantando con toda la fuerza de sus pulmones:

«La Virgen Pura,  
el que corteja á la madre  
tiene la hija segura.»

Aquel mismo día puso Marica *el caso* en conocimiento de su marido, y por la noche comunicóse *la resolución* á Rosina. Era *un buen partido* casarse con D. Rudesindo, el señor más rico que había en el pueblo, y á quien pagaban réditos casi todos los vecinos de la parroquia. ¡Que envidia iban á tener á Rosina todas las mozas de la comarca! ¡Vaya un negocio atrapar á D. Rudesindo cuando tanto escaseaban las *buenas proporciones*.

Pero á Rosina no le entraba por el ojo derecho aquella *proporción*, y, si bien no se atrevía á ponerse resueltamente al *acuerdo*, procuraba dar largas al asunto pretestando que aún era muy joven y que todavía no le había llegado la época de casarse.

¡Como iba á casarse ella con D. Rudesindo, un señor tan serio, tan tosco y tan asqueroso, que jamás se reía, que gruñía como un cerdo y que hasta olía mal!

Además, Rosina... *tenía ya embargado su corazón*.

La chica no se había atrevido nunca á decirlo con franqueza á su madre, pero bien comprendía ésta que entre los mozos que visitaban á Rosina había uno á quien la muchacha distinguía. ¡Y que no ponía Marica mala cara cuando el preferido por su hija se aparecía por *la quintana*.

Llamábase aquél Francisco, pertenecía á familia muy pobre, pero muy honrada, y se ganaba la vida trabajando á jornal en las casas de los labradores ó serrando por los montes madera para su padre que era madreño.

Era el tal Francisco un guapo rapaz en toda la

extensión de la palabra, tenía un carácter muy afable, y por esto y porque siempre estaba dispuesto á prestar ayuda á cuantos de él la solicitasen, ya fuese para traer una carga de leña, ya para poner una vara de *narbaso*, ya para coger *el pan*, quería mucho todo el vecindario.

Y más que todo el vecindario quería Rosina, para quien eran como hechas por un semidiós las cosas de Francisco. ¡No había en diez leguas á la redonda quien bailase el *asentao* como él, ni quien cantase como él *la soberana*, ni quien le ganase á jugar á los bolos....!

A las pruebas de afecto que de Rosina recibía, correspondía de corazón Francisco, quien estaba lo que se dice loco por equélla. ¡Tenía Rosina un cuerpecín tan majo, y unos *güeyinos* tan *faladores* y unos *furaquinos* tan guapos en los carrillos....!

Les aseguro á ustedes que los dos se querían como un par de borregos... que se quieran mucho.

Y digo como un par de borregos, porque me parece que así expreso mejor cómo Rosina y Francisco se querían entrañablemente y *sin interés alguno*. ¡Qué interés ni que cuatro cuartos! La felicidad no está en tener mucho dinero. ¡Dios mío, por qué no sería *así* la madre de Rosina!

El pobre Francisco soñaba algunas veces que le había tocado la lotería y que le quería mucho la señora Marica....! y que iba á casarse con Rosina.

Pero cuando despertaba se tiraba de los pelos y se mordía los labios y maldecía las riquezas.

—Quisiera que se vos quemasen la casa y la panera y que vos quedaseis probes, muy probes—



GIJÓN.—Teatro Dindurra.—(Fot. de D. Juan Antonio Tuero y Muñiz).

díjole á Rosina una noche en que á solas con ella en una *filaza* se lamentaba de su mala suerte.

—¿Cómo tienes tan mala intención, Quico del



alma?—preguntó asustada la rapaza.

—No ye por mal, Rosina, replicó el mozo; ye porque asina non me dispreciaría tu madre y dejaríanos casanos.

Bajó Rosina la cabeza, apoyó Francisco la barba sobre el pecho, estrecháronse las manos y lloraron como chiquillos.

Tenía Francisco razón sobrada para quejarse de la suerte, pero por si aún no tenía bastante, vino otro contratiempo á llenar de hiel su corazón.

Entró en quintas cuando una porción de mozos del mismo pueblo..... ¡y era entre todos el único que había de ir al servicio! Los demás se libraron porque disponían de seis mil reales para redimirse ó «por que tenían mano con el diputado.»

¡Que suerte tan desdichada! Como si fuere poca desgracia no poder casarse con la mujer que amaba, por pesar sobre él la *deshonra ser pobre*, se veía precisado á marchar á *servir al rey*, porque no tenía dinero ni recomendaciones de ningún cacique. Y como si aún esto no fuese bastante para hacer desesperar al pobre Francisco, le había tocado *la negra* y tenía que ir á Cuba, donde la guerra separatista estaba en su apogeo.—«¿Por qué tengo ir yo á la guerra? ¡concho!, exclamaba algunas veces el novio de Rosina, mesándose los cabellos. ¡Que más me dá á mi que nos quiten la Bana! ¡Que vayan defendéla D. Rudesindo y todos los que tienen cases en ella y ganaron allí mucho dinero!»

Pero no valía quejarse ni protestar. Estaba llamado á las filas y no cabía otro remedio que abandonar á sus padres, á sus hermanos, á la mujer de sus ensueños, y correr á la guerra á derramar la sangre, á perder la salud.

Sí, era forzoso marchar, y ¡ay! marchaba aquella noche, cuando sosegadamente dormían Marica y Manón y Laura y las vacas y el *Canelo*. Rosina había entrado en su habitación cuando los demás se retiraron á descansar y se había arrodillado ante una imagen de la Purísima que tenía junto á la cama.

Allí permaneció hora tras hora rezando, pidiendo á la Virgen que guiase los pasos de su Quico del alma, de aquel Quico tan bueno y tan cariñoso que la quería tanto y le regalaba rosas los domingos y le traía avellanas cuando iba á Grado.

A veces sentía ruido en la calle, suspendía la oración, se asomaba al corredor, escudriñaba en la oscuridad con sus ojos negros, tan negros como la pena que le atormentaba, y cuando se convenía de que no llegaba nadie y de que el ruido había sido producido por la sacudida de alguna rama que azotaba el viento, volvía á su puesto y continuaba rezando.

Por fin, ya cerca del amanecer sintió pasos en el corral, se asomó nuevamente, y, á la débil luz que la aurora comenzaba á esparcir, vió la silueta de Quico, de su cariñoso Quico que acababa de llegar cargado con un saco á guisa de mochila, y empuñando el nudoso palo que le había acompañado á muchas romerías y á muchos *esfoyones y filazas*.

Corrió Rosina ligera como una gamuza por el pasadizo que ponía en comunicación la casa con la panera (algunas personas me aseguraron que era un *hórreo*, pero es igual para el caso) deslizóse por la *mampara*, acarició al *Conelo* que gruñía..... y la hermosa hija de Marica se vió al momento

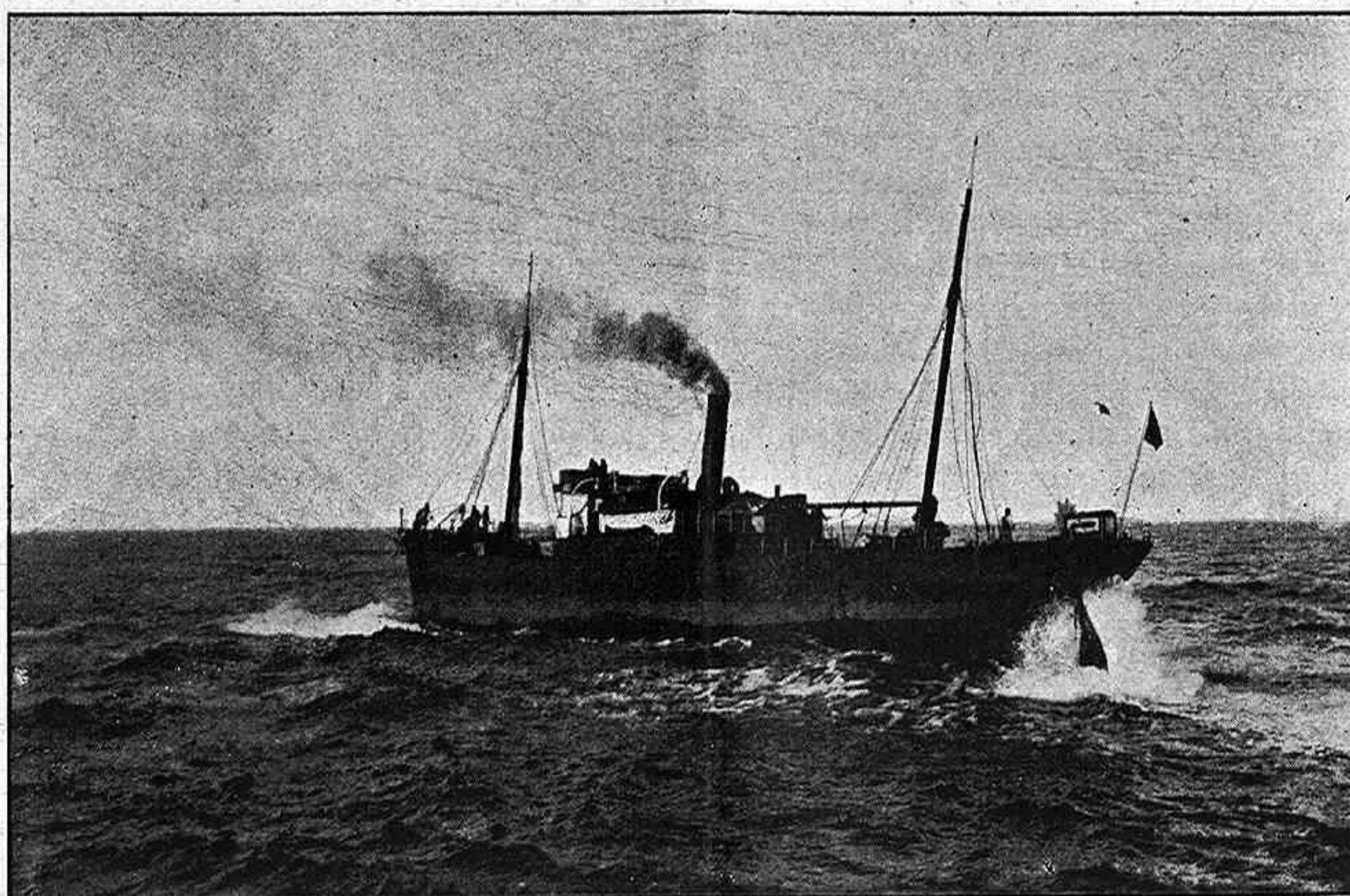


Puente de madera que los vecinos de Quinzanas construyen sobre el río Narcea.

(Fot. del Sr. Pire y Menéndez).



## EN ALTA MAR



Vapor «Chio» frente al puerto de San Esteban.

(Fot. del Sr. Martín.)

frente al dócil rapáz á quien tenía consagrado su corazón.

La entrevista de los dos jóvenes no puedo describirla siquiera medianamente.

Ambos tenían los ojos arrasados en lágrimas, y cuando estuvieron juntos, Rosina llevó á los suyos el pañuelo y comenzó á llorar como una Magdalena.

Quiso hablar Francisco para consolar á su afligida novia y tampoco pudo hacer otra cosa que sollozar.

Así permanecieron un buen rato: Rosina enjugándose las lágrimas y lamentando su desgracia en frases entrecortadas por los suspiros: Francisco sacudiendo la cabeza como si quisiera echar fuera una pesadilla y mordiendo el labio inferior para no dar al llanto rienda suelta.

Pero era el hijo del madreño lo que se dice «todo un hombre» y comprendió que debía resignarse y hacer por consolar á Rosina y despedirse de ésta con la energía de los héroes que van resueltos al sacrificio.

Y pensando y haciendo, limpió los ojos con el extremo de una manga de su chaqueta, echó hacia la nuca la boina, y adoptando la actitud de un mártir que va hacer por postrera vez su protesta de fé, habló de esta manera:

—No llores más, Rosina, que tengo volver pronto, si Dios quier... Tengo escribirte todos los correos y tengo pensar en tí á todas horas... Ha querer el cielo que yo salga con vida y que tu madre se convenza, y tengo venir en cuanto se

acabe la guerra pa casanos... ¿Has queréme siempre tú como me quiés ahora?

—¡Siempre! ¡Siempre!...—contestó Rosina dirigiendo al mismo tiempo hacia el cielo sus ojos vidriosos y tristes como los de una Dolorosa.

—¿Nón conseguirán lo que pretenden tu madre y D. Rudesindo?

Entonces llevóse Rosina el pañuelo á la boca para contener un grito que parecía salir del corazón y subir por la garganta, y después sacó del seno un pequeño crucifijo de metal y entrególo á Francisco diciendo: «toma este crucifijo que me acompaña hace quince años y colócalo sobre el pecho para que te acompañe hasta que vuelvas... ¡Sea Él testigo de que en este momento te juro ser siempre tuya!»

En aquel instante sintióse ruido dentro de la casa y los dos amantes tuvieron que separarse mucho antes de la hora que ambos deseaban.

Quico marchó con dirección á la barquería besando el Cristo que Rosina acababa de poner por testigo de su amor inquebrantable. Y Rosina entró en la alcoba llorando y cayó nuevamente de rodillas delante de la Purísima.

Al mismo tiempo la voz de la campana que azotada por el viento seguía balanceándose en la espadaña de la iglesia, llegaba á los oídos de la rapaza, débil y quejumbrosa como el suspiro de un moribundo.

(Continuará)

EDMUNDO DIAZ





# AVILÉS

(Conclusión)

Para hablar de los avilesinos notorios con el detenimiento que requiere el número y méritos de aquéllos, necesitaríamos ocupar muchas páginas.

Y como el tamaño de esta Revista impide hacerlo así, hacemos una relación de los más natables con la brevedad que venimos empleando en los apuntes que, no digo de monografía, ni siquiera de programa de la Historia de Avilés pueden calificarse.

Pedro Menéndez, el Adelantado y conquistador de la Florida, cuyo retrato publicamos en el número 6, correspondiente al día 1.º de Junio, es la figura que más se destaca entre los hijos ilustres de Avilés.

Distinguióse como marino, guerrero y como hombre de ciencia.

Sus extraordinarios conocimientos náuticos, y su severidad y arrojo, valiéronle el nombramiento de Capitán General de las flotas de Indias, con que le distinguió Felipe II, y el honor de acompañar á este monarca á Inglaterra cuando fué á contraer matrimonio.

Fué por espacio de muchos años terror de los corsarios franceses, y en el 1565 se le confió la conquista

de las tierras el dominio de España, convirtió á los indígenas á la religión católica y desalojó á los franceses de algunos fuertes que habían ocupado.

Como todos los grandes hombres, tuvo envidiosos que le calumniaron innoblemente y que consiguieron verle abandonado por el Rey y cerrado en reducido calabozo.

Pero Dios que nunca abandona á los suyos, hizo que Felipe II se convenciera de la injusticia con que el Consejo de Indias perseguía al Adelantado, y éste fué enviado de nuevo á la Florida, de donde regresó en el 1574 para hacerse cargo de la Invencible, formidable escuadra que para pelear con Inglaterra, se arganizó en Santander.

En dicho puerto sorprendióle la muerte y sus restos fueron trasladados á Avilés en el 1591 y depositados en un modesto sepulcro en la iglesia de San Nicolás.

Bastantes años antes de que el Adelantado asombrase al mundo con sus proezas, fué Avilés cuna de varios intrépidos marinos.

En el reinado de Fernando III, brilló entre otros Rui Pérez, que construyó en la villa dos naves de fuerte sierra en la proa, acudiendo con ellas á la toma de Sevilla que estaba en poder de la morisma.

Fueron los buques de Rui Pérez los que, marchando al frente de la flota que mandaba el Almirante Bonifáz, rompieron las gruesas cadenas que unían la Torre del Oro con el castillo de Triana, haciendo que



Procesión del Corpus en Pola de Lena

de las provincias de la Florida, para donde partió desde Cádiz el 28 de Julio del año citado, acompañado de otros dos distinguidos avilesinos, Esteban de las Alas, que salió de Avilés con tres naves y 252 hombres, y Pedro Menéndez Marqués, que habilitó en Gijón dos buques.

Una horrorosa tempestad hizo que los buques se separaran á los pocos días de emprender la navegación y el Adelantado llegó á la Florida el 28 de Agosto con la tercera parte de naves y gente de desembarco.

Tras esfuerzos titánicos afirmó en aquellas aparta-

la ciudad cayese en poder del Rey Santo.

Por tan gloriosa empresa concedió el rey á Rui Pérez y á los bravos marinos de la costa Cantábrica que le acompañaron, las armas que hoy pertenecen á Avilés y que consisten en «escudo de campo de gules con nao á la vela, cruz sobre el palo mayor y sierra en la proa, quebrantada la cadena prendida á los dos castillos sevillanos.»

En la iglesia brilló en el siglo XVI D. Pedro Solís, Canónigo de Toledo, Proto Notario de S. S. Alejandro VI, Arcediano de Madrid, Abad de Santa María



de Astorga, fundador de la Capilla de los Angeles en la Iglesia de San Nicolás.

Y en el siglo XVII el Cardenal D. Alonso Rodríguez de León, que legó sus rentas para que en la iglesia de Ribero se celebraran anualmente doce misas, y regaló á la Iglesia de San Nicolás rica tapicería que aun se conserva.

Pertenecía el Cardenal León á aristocrática familia que dió muchos hombres notables, siendo descendientes de ella D. Juan de León y D. Nicolás de Almazán, que tomaron parte en la conquista del Perú y Nueva Castilla, y D. Rodrigo Alonso de León, fundador del vínculo y mayorazgo de la casa de Trasana. Fué muy notable en tiempo de los Reyes Católicos un D. Martín de las Alas que luchó bravamente en las costas de Asturias contra el corsario Rochelés y asistió con dos naves de su propiedad á la expedición de Túnez.

Un hijo de dicho D. Martín, llamado D. Gregorio,

León, que ejerció en la villa el cargo de Regidor perpetuo.

No solo en el clero, en la milicia y en la marina se distinguieron los avilesinos.

En el siglo XVII distinguióse como pintor famoso don Juan Carreño Miranda, que se dedicó á los asuntos religiosos y mereció de Felipe IV y Carlos II el nombramiento de pintor de Cámara, y de Avilés su representación en los Estados de la nobleza.

En la misma época brilló en la Corte como poeta D. Francisco de Bances Candamo, que fué, dice el erudito Sr. Canella Secades, «el embeleso del teatro de la Corte de Carlos II.» Publicó entre otras «El duelo contra su dama,» «El sastre del Campillo,» «El esclavo en grillos de oro,» «El español más amante,» «El teatro de los teatros.»...

Figuró también mucho en Avilés desde mediados del siglo XVII la casa de los Mirandas.

A élla pertenecieron don Benito de Miranda Arango,



Mercado de Pola de Lena

capitaneó una escuadra de galeones contra Inglaterra, por cuya acción obtuvo el título de General y la merced del hábito de Santiago.

Otro de los hijos de D. Martín, que llevó por cierto este mismo nombre, fué Capitán en Cartagena de Indias, tomó parte en las expediciones de Inglaterra y Magallanes, y desempeñó el cargo de Juez de Avilés. Unióse la linajuda familia de los Alas á la muy ilustre de los Bernaldo de Quirós por matrimonio de D.<sup>a</sup> Catalina de Miranda de las Alas con D. Gonzalo Bernaldo de Quirós.

Hijo de dichos señores fué D. Gutierre Bernaldo de Quirós de las Alas á quien en el 1661 le fué otorgado el título de Marqués de Camposagrado.

En el 1697 creóse en Avilés otro título nobiliario: el marquesado de Ferrera.

Fué el primer marqués don Juan de Alonso de Navia, descendiente por línea materna de la familia de

que tomó parte en la guerra de Flandes, llegando á obtener el grado de Capitán de caballos y corazas; el Brigadier don Ramón Miranda, que demostró gran cariño al pueblo en que nació; su hijo don Eugenio, distinguido letrado que alcanzó grandes merecimientos en la carrera judicial y se retiró á su pueblo después de jubilado.

En el siglo XVIII distinguióse don Pedro Luence y Ponce, ingeniero militar, de la Academia militar de Barcelona, autor de un «Tratado de Matemáticas,» de «Disertaciones sobre medidas militares» y de otras varias importantes obras.

Fué también Notario á mediados del siglo citado Fr. Valentín Morán, que tomó el hábito religioso en el convento de la Merced, fué Predicador de la Corte de Felipe V, Obispo de Canarias, fundador de la Capilla de Nuestra Señora de la Soledad, en la iglesia de la Merced, donde en el 1766 fué sepultado.



Brillaron también en las postrimerías del pasado siglo D. Pedro Rodríguez de la Buria, que llegó á Teniente General por méritos de guerra y D. Antonio Alonso, Director General de Rentas, Intendente de los ejércitos, Ministro del Consejo Real de España é Indias, que falleció en Madrid en el 1849.

En el actual siglo han sido muchos los avilesinos que se hicieron notorios por su talento y laboriosidad.

D. Rafael González Llanos, á quien Fillol y Fernández Guerra citan por los trabajos que hizo sobre el «Fuero de Avilés». Fué un literato distinguido, cuya firma honraba las columnas de «La Abeja» y la «Revista de Madrid». En política perteneció al partido conservador, siendo muy querido de Mon. Era polemista de acerba pluma, aunque se usaban todavía de ave, y atrajo sobre sí odios y rencores de políticos á quienes fustigaba duramente en «La Verdad» que se publicaba en la Corte.

Sus adversarios innobles pretendieron asesinarle una noche é hiriéronle con un estoque, no sin que uno de los agresores hubiese muerto por los bastonazos que el señor González Llanos le dió defendiéndose.

D. Ramón González Llanos, hermano de el anterior, docto magistrado, periodista de claro talento.

D. Fernando María Ochoa, Académico correspondiente de la Historia, habil literato.

D. Juan Llano Ponte, diputado provincial por Avilés, defensor infatigable de los intereses de su pueblo.

D. Servando Ruí Gómez, literato distinguido, miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, Director de Rentas Estancadas y de Obras Públicas, Consejero de Estado y tres veces Ministro de la Corona.

Fué hombre de grandes iniciativas, y político de moralidad intachable. A pesar de los puestos importantes que ocupó, vivió siempre humildemente, y su capital, lejos de aumentarse de un modo escandaloso, como se aumentó el de casi todos nuestros políticos, mermó notablemente.

D. Estanislao Suárez Inclán, colaborador de impor-

tañtes Revistas científicas y del «Diccionario de Administración,» representante del distrito de Avilés catorce veces, Ministro de Ultramar.

Avilés debe á dicho señor, entre otras muchas cosas, el comienzo de encauzamiento de la ría.

D. José García San Miguel, primer Marqués de Teverga, diputado provincial, activo comerciante y rico naviero.

Fué el Sr. San Miguel quien creó en Avilés el comercio antillano, haciendo construir en la misma villa buques de gran porte, que hacían viajes á varios puntos de América, conduciendo emigrantes, y regresaban cargados de productos de aquel país.

Para que en todos los ramos del saber humano se distinguiesen los avilesinos, tuvo Avilés un distinguido naturalista y un profundo Filósofo.

El primero fué D. Eduardo Carreño Valdés, Doctor en Medicina, que falleció en París á los veintidos años de edad.

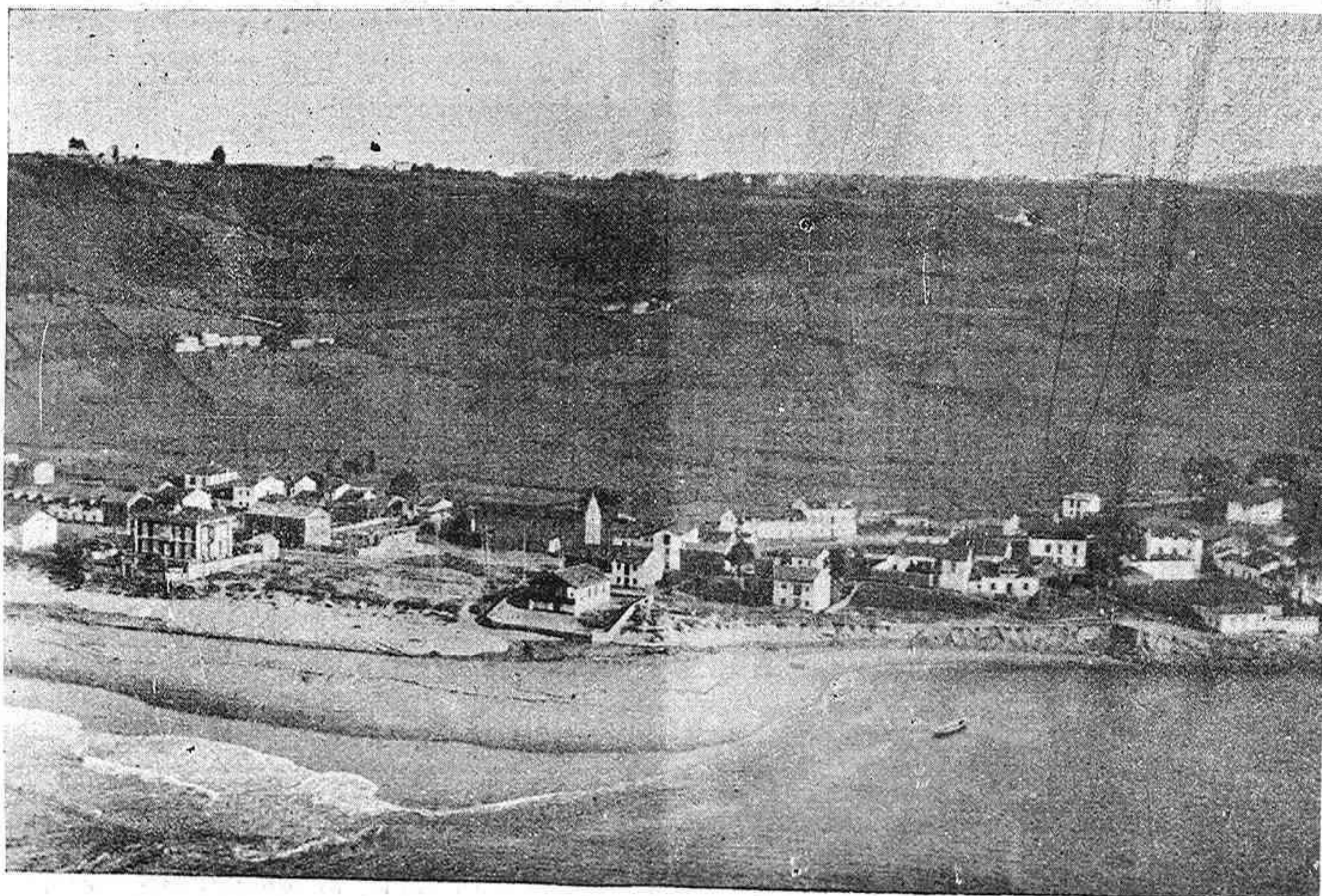
Era tal su ilustración que el Gobierno francés le nombró redactor del «Diccionario de Botánica,» y varias sociedades científicas de la vecina República le llevaron á su seno.

Y fué el segundo D. Estanislao Sánchez Calvo, autor de «Los nombres de los Dioses,» «Lo Maravilloso Positivo» y otras obras que merecieron el aplauso de sabios extranjeros y fueron traducidas á varios idiomas.

Como todos los hombres de talento y de vergüenza que en España se consagran al estudio, Sánchez Calvo vivió y murió, puede decirse así, ignorado de la nación.

Hubiérase dedicado á político haciendo caso omiso del decoro, y dejaría á su familia muchos millones de pesetas... y no faltarían aduladores que le erigiesen una estatua.

En la actualidad hay también avilesinos que brillan de manera muy notable en la política, en la milicia, en las letras... D. Julián García San Miguel, segundo Marqués de Teverga, político de talento práctico, de



Desembocadura de El Nalón.—La Arena.



austera moralidad, de grandes iniciativas, cuyo retrato publicamos hace meses.

Ama entrañablemente á su pueblo que le elige representante en Cortes desde hace veinticinco años, y á él cosagra toda su energía y su actividad toda.

Una relación completa de las muchas mejoras que Avilés debe al actual Marqués de Teverga, llenaría algunas cuartillas. La línea férrea á Villabona y la construcción del magnífico puerto de San Juan, obras son que harán eterno en Avilés el recuerdo de tan celoso diputado.

D. Nicolás Suárez Inclán, senador por el distrito desde hace muchos años, persona de vasta ilustración, muy amante también de Avilés, á cuya prosperidad contribuye con su influencia, que es mucha.

D. Julián Suárez Inclán, aventajado alumno en la Academia de Estado Mayor en el 62, teniente en el 67, graduado capitán después de la batalla de Alcolea, comandante en el 73, teniente coronel en el 74, por méritos de guerra en la promovida por los partidarios de D. Carlos, y general también por méritos de guerra en la campaña de Cuba, donde obtuvo además la Gran cruz roja del Mérito Militar.

Es miembro de la Junta directiva de la Sociedad española de Geografía y de la Real Academia de la Historia, y ha publicado, entre otras obras, un «Tratado de topografía», que sirve de texto en nuestras Academias militares.

D. José Quevedo y González Llanos, Pepín Quevedo en la república de las letras, literato tan modesto como ilustrado y fecundo, inspirado poeta regional que empuñó la lira abandonada á la muerte de el inolvidable Teodoro Cuesta.

De él ha dicho Clarín hace algún tiempo: «sirve para la poesía en bable»... realista como «para otros muchos géneros y estilos.»

Y efectivamente, escribe con la misma facilidad en bable que en castellano, y del mismo modo brota de su pluma una composición seria que encierra un pensamiento profundo y delicado, que una poesía jocosa del gusto más exquisito.

Es secretario general de la Universidad de Oviedo y goza en Asturias de simpatías generales.

D. José Benigno García, (Marcos del Torniello) poeta también muy fecundo é inspirado, premiado en varios Juegos Florales, y con cuyas principales composiciones acordó la Diputación provincial hacer un libro que debe estar ya imprimiéndose.

Es Avilés una villa de gran cultura.

Tiene un acreditado Colegio de 2.<sup>o</sup> enseñanza, dirigido por el veterano profesor D. Domingo Alvarez, que desde hace bastantes años tiene conquistados lauros muy merecidos.

Puede además enorgullecerse el pueblo de Pedro Menéndez de tener una bien montada *Escuela de Artes é Industrias* y de haber visto formarse en su seno recientemente una *Junta de Extensión Universitaria* que ha de contribuir en alto modo al progreso de la villa.

Publícanse en Avilés varios periódicos.

«El Diario de Avilés,» único que ve la luz todos los días, se publica hace quince años, está dirigido é inspirado por el Sr. D. Florentino Mesa, alcalde en la actualidad, escritor correcto, á quien ayuda en la ruda faena periodística su hijo D. Horacio, joven laborioso y de sólida ilustración, premiado en los Juegos Florales que allí se celebraron en el último verano.

«Heraldo de Avilés,» semanario fundado por don Julián Orbón, joven de cultura exquisita, de grandes iniciativas, cuya firma acreditó siendo casi un niño en la prensa habanera. Es secretario de la Extensión Universitaria; él fué el iniciador del hermoso Certamen Literario celebrado en Agosto, y él lanzó la idea de celebrar en el próximo verano una *Exposición Regional*, que deseamos ver realizada.

«El Pueblo,» semanario republicano que dispara con ametralladora contra todo lo que no despidе olor á gorro frigio. \*\*\*

En la actualidad, es Avilés uno de los pueblos más industriosos y comerciales de la provincia.

Tiene dos importantes fábricas de vidrios, una de azúcar de remolacha, otra de pescados en conserva, otra de curtidos, dos de tejidos, varias fundiciones, cuatro grandes almacenes de comestibles, buenos bazares y excelentes sastrerías...

En su dársena hay continuamente buen número de buques que importan del extranjero granos y otras mercancías y llevan avellanas y otros productos del país.

En cuanto á estética no puede ponerle el pié delante, como vulgarmente se dice, la más atildada población francesa.

Sus calles modernas—la Cámara, por ejemplo,—son anchas, alineadas con edificios esbeltos y árboles que les dan un elegante aspecto.

Con su extenso y hermoso parque contentaríase seguramente cualquier población de primer orden.

Tienen fama universal los jamones de Avilés que se cotizan en todo el mundo á más alto precio que los de Extremadura y Chicago.

Y aún hay cosas mejores que los jamones: *las jamonas...* y sobre todo las que no han llegado á dicha categoría.

Las avilesinas tienen impreso un sello especial que no permite confundirlas con mujeres de otro pueblo alguno.

Podrán ustedes ver unas de rostro menos bello que otras, pero en todas admirarán la misma gracia, el mismo timbre de voz y el mismo gusto exquisito para peinarse y vestirse.

¿Una avilesina que pueda llamarse fea?...

Ni buscándola con la linterna de Diógenes.

El que lo dude—repito lo dicho al comenzar estos apuntes—que se vaya al Parque una tarde que haya paseo.

Que vea cruzar ante sus ojos aquella ráfaga de hermosura... ¡Y que hable después! E. D.

## NUN ALBÚM

Una neña d' Infiesto munchu guapa,  
como s' alcuentren poques en el mapa,  
unvióme á casa por segunda mano,  
fai tiempo, nel promediu del verano,  
esti cuaderno, tan polido y terso,  
co'l encárgu que n' él iguara un verso.  
Llámase María Cruz, bien guapu nome,  
que parez misto de muyer y d' home,  
y pe lo dulce cualisquier diría  
que jué imprentao n' una confitería.  
Ye blanca, nidia, fresca y acoplada;  
como dicen n' Uvieu, una monada;  
y, respetive á ducación, la muestra  
ye atopáse estudiada pa maestra.  
Merez un mociquin con señorío  
(siempre y cuando no tire po'l monxío);  
y aunque alguien llame cruz al matrimonio,  
y d' otros un invento del demonio,  
carculo p' entre min que cualisquiera  
con un canto los pechos se fendiera;  
pos co'l su par de güeyos, par de lluces,  
¡qué bien tan de llevar aqueses cruces!

PEPÍN QUEVEDO



# El Castillo de San Martín

(CONTINUACIÓN)

—Capitán, dijo después de haber esperado por un momento á que éste saliese de su ensimismamiento; he cumplido vuestro encargo: avisé á toda la gente, y dentro de poco estará reunida aquí.

La fisonomía de Pedro Jiménez cambió de expresión á la voz de aquel joven, y le estrechó afectuosamente la mano.

Pero este cambio de expresión duró muy poco, y bien pronto su vista se fijó otra vez en el castillo de San Martín.

El joven, después de algunos instantes de silencio, le dijo dirigiéndole una escrutadora mirada.

—¡Mucho debéis aborrecer ese castillo!

—Aun debieras aborrecerlo más tú, Rodrigo. Escúchame con atención, porque voy á revelarte parte de un secreto de que pende la aventura ó la desgracia de tu porvenir. Me has preguntado muchas veces el nombre de tus padres...

—¡Oh! hablad por Dios.

—De eso no es tiempo aún. En una terrible noche de tempestad llegué al sitio donde ahora nos encontramos, casi en el mismo momento en que iba á cometerse en él un horrible asesinato: el asesino era el dueño de San Martín, la víctima eres tú.

—¿Y qué daño había yo hecho al señor del castillo?

—Tú no tenias aún tiempo para hacer ningún mal á nadie: acababas de nacer y te inmolaban para espación de una falta que no habías cometido, pero, á Dios gracias, llegué á tiempo para salvar tu vida y arrancarte de las manos de don Martín.

—Pero decidme ¿qué lazos unen mi vida á la suya?

—Son misterios que no debes saber hoy todavía; pero para que puedas comprender el interés que tenía en tu muerte, te diré que fué la causa del encarnizamiento con que desde entonces persiguió nuestra partida, encarnizamiento que le hizo poner á precio las cabezas de nuestros valientes para que sirviesen luego de trofeos en las almenas su de fortaleza. A él debemos la muerte de nuestros más valientes compañeros y la formación de esa tropa de caballeros coali-

gada contra nosotros.—Hoy ha llegado el día de vengar tantos ultrajes; hoy he puesto también á precio su cabeza y estoy seguro de que mañana recreará su vista á nuestra compañía. Rodrigo, esta noche tomaremos el castillo de San Martín.

—El castillo S. Martín

—Para conseguirlo hice que nuestro compañero Garduña fuese á servir de voluntario en el castillo: hace tres días que está en él, y estoy seguro que á estas horas conoce mejor que su mismo dueño las entradas, salidas y puntos accesibles de la muralla. Esta noche, que promete ser oscura, cuando más descuidados estén los centinelas, lo escalaremos todos juntos y ¡guay! entonces de su señor.

—He prometido las dos terceras partes del botín al que me lo presente muerto ó vivo, y la gente de la compañía no desaira nunca promesas de este género. Os lo repito, esta noche caerá en nuestro poder D. Martín con todos los suyos.

—¿Y no respetaréis en vuestro furor á la señora del castillo? ¿Permitiréis sufra los desacatos que sin duda le prodigarán nuestros compañeros?

—Librense todos de causar á el menor daño.

Bastantes le causa su esposo, ó más bien el tirano que se complace en martirizarla.

Quince años hace que no ve otro sol que el que penetra por la estrecha ventana de su calabozo, donde no le anima en tan cruel martirio una voz amiga, ni la fortalece otra esperanza que la triste esperanza de la muerte.

Muy lejos de intentar, al apoderarme del castillo, hacerle el menor agravio; esta misma noche lo dejaré en su poder, librándola del monstruo que concluye lentamente con su existencia. Si alguno de mis subordinados emplease con ella la menor violencia, que temá mi furor.

El joven bandido dirigió á su capitán una mirada donde se reflejaba la gratitud, y uno y otro permanecieron en silencio algunos instantes.



UN MENDIGO (Cuadro del pintor Fierros)



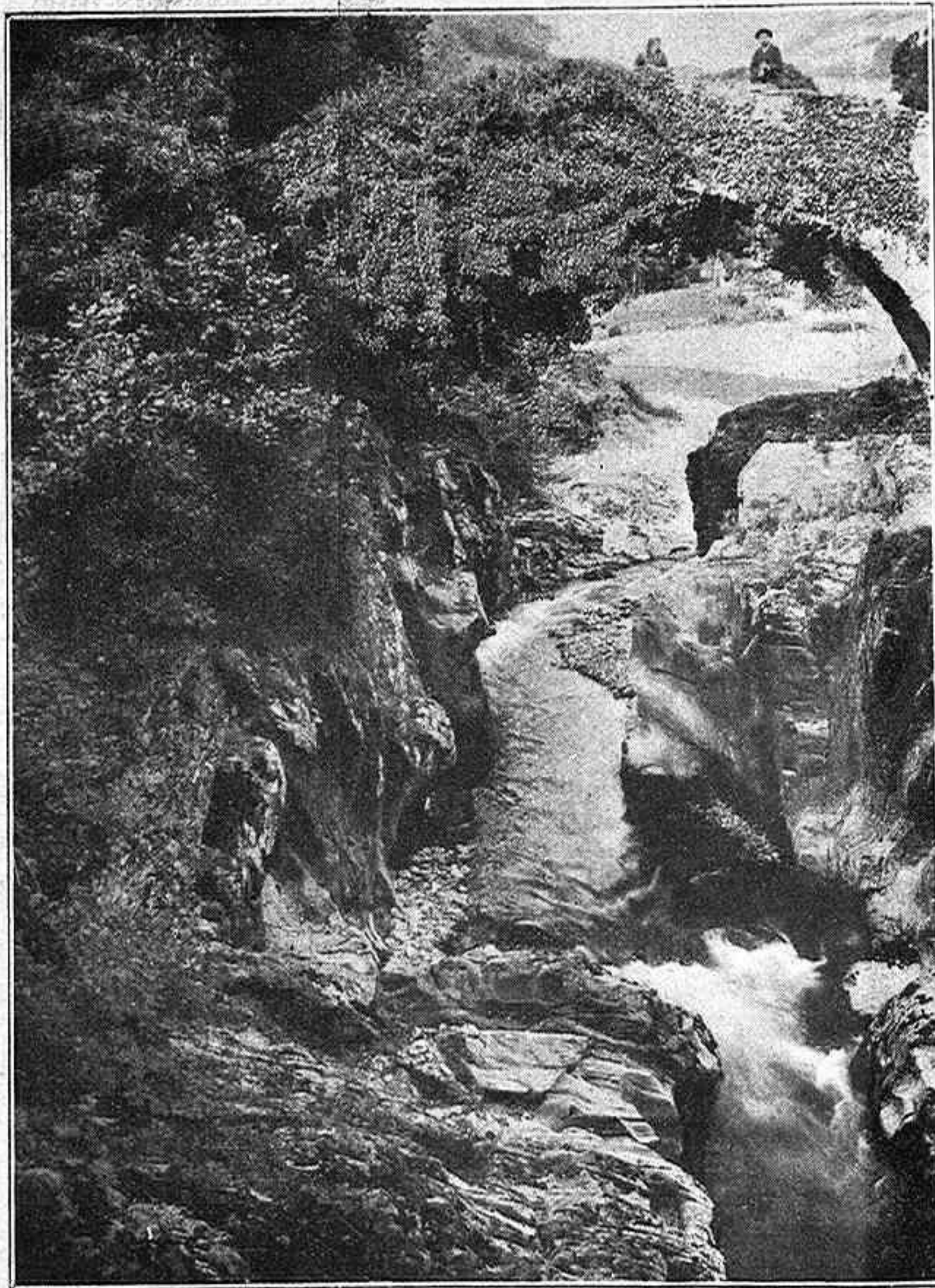
—Rodrigo—exclamó luego Giménez observándole atentamente—¿qué causa el vivo interés que sientes por la castellana de San Martín? Nunca la has visto, y sin embargo, jamás escuchas su nombre sin emoción, y has estado á punto de abrazarme ahora al ver que pensaba lo mismo que tú respecto de ella. ¿Podrás explicarme eso?

—¡Oh! Ciertamente que no; pero he pensado muchas veces que nuestra suerte se parecía, que su desgracia data casi de la época de mi existencia, y ¿me atreveré á decirlo? que vos érais el único que velábais por nuestra felicidad, porque no ha sido sólo hoy cuando he sorprendido el interés que esa señora os inspira, y estoy seguro que no son vuestros resentimientos personales la causa principal del odio que teneis á D. Martín.

El jefe de los bandidos nada respondió á estas palabras y dirigió sus miradas al interior del bosque donde creyera percibir confusos pasos. No se había engañado. El ruido se hizo más distinto cada vez, y al poco rato salió un hombre de entre la maleza exclamando con aire de triunfo apenas vió á Giménez:

—Buenas nuevas, mi capitán.

El recién llegado que representaba tener treinta años de edad, de ojos pequeños y verdosos, nariz lar-



Puente de La Regla en Cangas de Tineo. (Fot. de D. M. Gómez)

ga, muy larga y afilada, pelo rubio y rizado, cuerpo flaco y ágil, no era otro que el que antes había nombrado Giménez con el extraño nombre de Garduña I. Después explicaremos la causa de este regio epíteto.

—¿Qué has observado en el castillo? le dijo el capitán cuando lo vió cerca de sí.

—Pues es nada, respondió Garduña: he observado que su guarnición se reduce hoy á cuarenta hombres;

y como nosotros somos veinticinco, y cada uno de nosotros vale más que tres de los perros que guardan la muralla, resulta que no podrán resistir á una fuerza casi doble que la suya.

Dicha esta bravata, Garduña I mostró en su semblante la satisfacción del hombre que acaba de decir una gran verdad.

Después de un momento de silencio, en que pareció medir el efecto que había causado en el auditorio, prosiguió:

—Apenas vi guardado el castillo por tan poca y mala gente, porque os aseguro, capitán, que el mejor de todos vale menos que Garduña II, conocí que la naturaleza debía ser su mejor defensor. Efectivamente, el tal castillo es un nido muy difícil de coger, no porque moren en él aves feroces, sino porque tiene una posición endemoniada. Figuraos... pero mañana seréis su dueño y podréis observarlo á vuestro sabor; por hoy os diré que la parte que mira al río está guardada solamente por dos centinelas, y que tengo ya preparadas dos barcas en donde podremos acercarnos á él: en las barcas he metido cien barras de hierro que clavaremos en las peñas que sostienen el castillo y en su muralla, y después... después os toca á vos.

—Está bien: veo que has cumplido tu encargo como yo deseaba: ahora aguarda aquí á los compañeros que deben de llegar de un momento á otro, en tanto que yo me acerco al castillo para observar por mi mismo las dificultades que presenta su asalto. Tú, Rodrigo, sígueme.

## V

Cuando los dos se hubieron alejado, Garduña I sacó del bolsillo un puñado de monedas y se puso á contarlas dividiéndolas al mismo tiempo en dos montones.

De esta ocupación, que en mi entender debe ser muy agradable, vino á distraerle el alegre canto de sus compañeros que se acercaban á la ermita. Garduña I aceleró su trabajo y cuando llegaron á su lado los bandidos se puso en pie, alzó con arrogancia la cabeza, y dijo:

—¿Dónde está Garduña II?

Garduña II, cuyo retrato ahorraremos por ser una copia del de su camarada, salvo una enorme cicatriz que cruzaba su rostro, salió al instante del grupo dirigiendo una mirada llena de ternura á su amigo, y otra más prolongada y más tierna aún á las monedas.

—¿Qué tal por el castillo?—exclamaron una porción de voces.

Garduña I, por toda contestación les mostró los dos montones de dinero. César no tomó una actitud más orgullosa para escribir aquellas célebres frases, *vini, vidi, vici*, que la que tomó el bandido para mostrar á sus compañeros los frutos de su expedición.

Los bandidos, por su parte, se detuvieron absortos, más absortos que los hebreos cuando vieron la riqueza de la tierra prometida.

Después de solazar largo rato á sus compañeros con la vista de aquel tesoro, los dos Garduñas metieron en los bolsillos su dinero, perfectamente dividido en dos partes iguales.

Para que á nuestros lectores no les parezca extraña é inverosímil esta comunidad de bienes que entre los dos bandidos reinaba, explicaremos la causa de su estrecha amistad.

Garduña I estaba reputado entre sus compañeros como el mayor bribón del mundo.

El por su parte, llevaba, con orgullo su justa reputación, ganada con mil finos escamoteos.

Un día ingresó en la compañía un nuevo individuo, á quien el capitán honró desde luego con algunas co-



misiones, para las que era necesario la mayor habilidad.

Garduña, que acostumbraba á desempeñarlas en otras ocasiones, bramó de corage.

Cuando vió que el intruso las desempeñó con la mayor valentía, pateó, juró, se desesperó.

Cuando supo que llevaba su mismo nombre, el nombre que tanto le halagaba, y creía poseer con privilegio exclusivo, prometió vengarse de su rival, dándole una lección que dejase bien parada su fama. En efecto, á los pocos días se efectuaba entre los dos un desafío.

Dos horas se estuvieron dondo tajos con el mejor deseo, y viendo que la extraordinaria habilidad de los dos combatientes hacía inútil aquel duelo, los padrinos que lo eran todos sus compañeros, declararon incontestables el valor y la destreza de ambos.

Pero ninguno de los dos quedó satisfecho, y al poco tiempo se entabló otra justa.

Un milano tenía su nido en un alto álamo, y estaba á la sazón sobre sus huevos.

Garduña I subió al árbol, y con admirable tiento fué sacando uno á uno los huevos del nido, sin que el ave sintiese su presencia ni su acción.

Siguiendo su rastro había subido también Garduña II y le había á su vez robado del bolsillo uno tras otro los huevos, sin que presumiese la menor cosa hasta que le vió debajo de sí, mostrándoselos con aire de triunfo.

Garduña I reconoció la superioridad de su contrincante.

Este por su parte demostró con la mayor modestia que era mucho más difícil robar á un ave que á un hombre.

Resultado de todos estos sucesos, los dos bandidos se dieron el más cordial abrazo, en medio de los aplausos de la compañía que reconoció en ellos los dos más valientes y más diestros pícaros del mundo.

Desde esa época data su estrecha amistad.

Para distinguirlos se les llamó Garduña I y II.

Volviendo á nuestra interrumpida relación, diremos que los bandoleros sintieron tanta envidia al ver que los amigos guardaban su dinero, como sentiría el autor de estas líneas si supiera que un vecino suyo se casaba con una mujer joven, millonaria y buena moza.

—Nos dices por fin que has hecho en el castillo?

—Poca cosa; por precaución había llevado en el bolsillo los dados, y me puse por puro entretenimiento á jugar con ellos; un minuto después me rodeaba la soldadesca del castillo y después...

Garduña completó la frase haciendo sonar sus bolsillos.

## VI

Mientras que los bandidos se enteran de lo que aconteció á su compañero en el castillo, y Giménez acompañado de Rodrigo examina su posición, penetraremos nosotros en él, donde tenían lugar escenas de no escaso interés para nuestra historia.

En el piso bajo y al lado de la plaza, había una espaciosa sala, punto de reunión donde pasaba las horas de solaz la gente del castillo, y donde de continuo tenían lugar escenas de repugnante orgía.

Allí era donde se traguaban esas frecuentes correrías que llenaban de pavor los pueblo vecinos, y allí era también donde se repartían á veces con violencia, los frutos de ellas.

Allí era donde D. Martín, embriagado por sus frecuentes libaciones, contaba á sus dignos servidores oscenos cuentos de amoríos ó actos de bárbara crueldad de que casi siempre era protagonista.

El día en que Pedro Giménez acechaba su morada,

la orgía había salido de sus límites ordinarios por ser el día de San Martín, patrón del castillo, y santo de su dueño.

Media docena de hidalgillos, satélites de D. Martín, asistían á aquella bacanal aplaudiendo cuanto él decía, y haciendo sendas y frecuentes libaciones de vinos del país.

—¡Voto al diablo!—dijo D. Martín, rompiendo su vaso sobre la mesa.—¿Dónde está Garduña que no nos divierte con sus dados? Que se presente al instante.

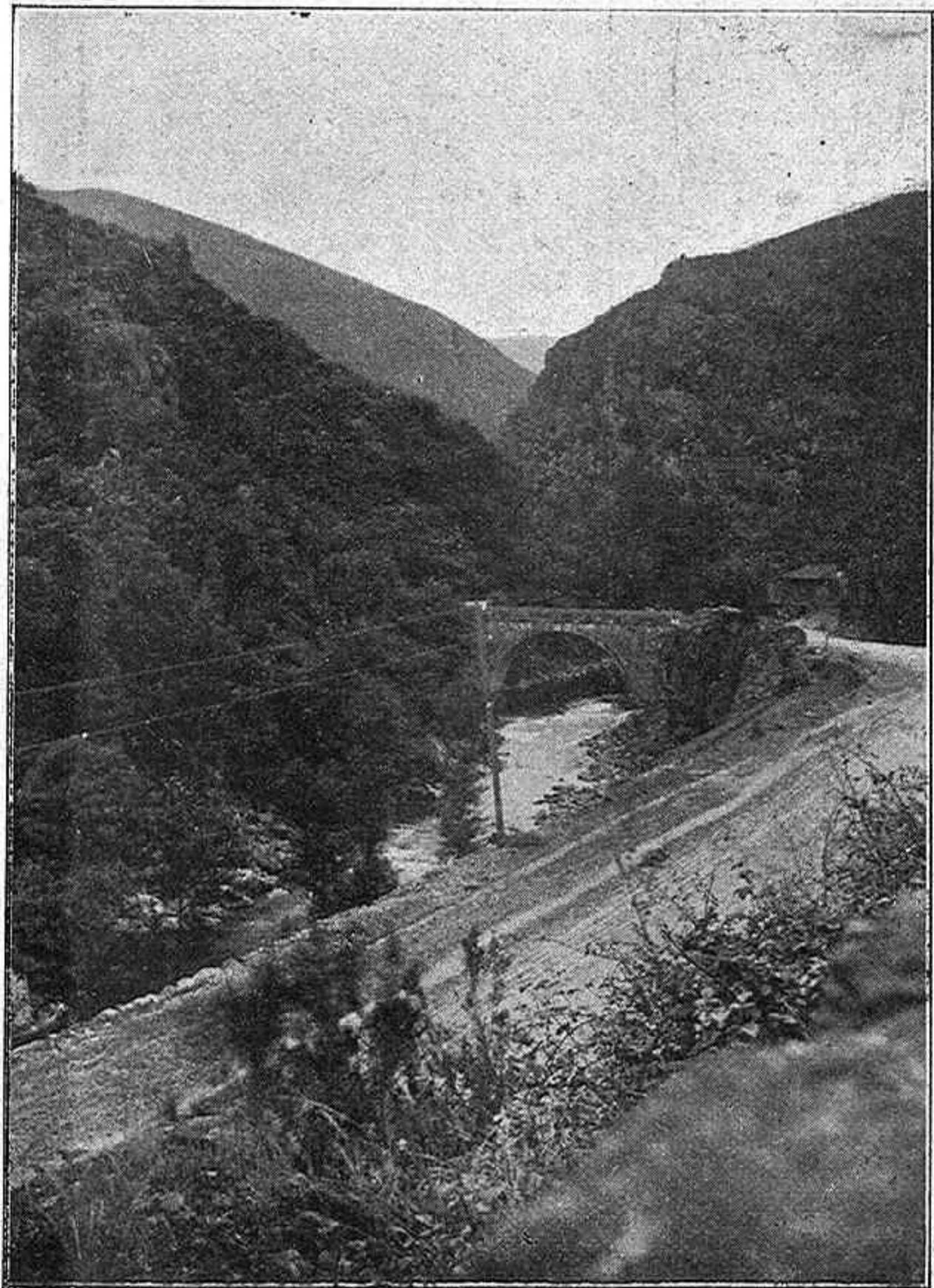
—Hace lo menos cuatro horas que no lo vemos por ninguna parte.—Después de habernos desplumado á todos, iría dar su parte al diablo con quien debe tener pacto para engañarnos de tal modo.

—¡Ja, ja, ja, ja; el buen Garduña! Si bebe tan bien como juega, no dudo que sin nosotros sentirlo habrá llevado de aquí su parte de vino, y estará en algún escondrijo bebiendo. Lástima que no podamos admirar sus prendas de bebedor.

## VII

En tanto que en el piso bajo del castillo tenía lugar escena de tal naturaleza, doña María, completamente aislada en la torre que le servía de prisión, parecía sumida en una de esas profundas meditaciones que tan comunes son á los desgraciados.

A la pálida luz de una lámpara de bronce se podía distinguir su rostro envejecido por el sufrimiento: su pálido semblante marcado por profundas arrugas, y



Puente del Infierno.—Cangas de Tineo. (Fot. de D. M. Gómez.)

sus cabellos encanecidos prematuramente. Su figura descarnada se marcaba apenas entre los pliegues de un vestido negro.

El aspecto de la prisión que ocupaba no podía ser más triste: un taburete de madera, una pobre tarima y un tosco crucifijo de marfil, completaban el ajuar



y el adorno de aquella habitación húmeda, mal ventilada y donde, según ya dijimos, penetraba apenas un rayo de sol.

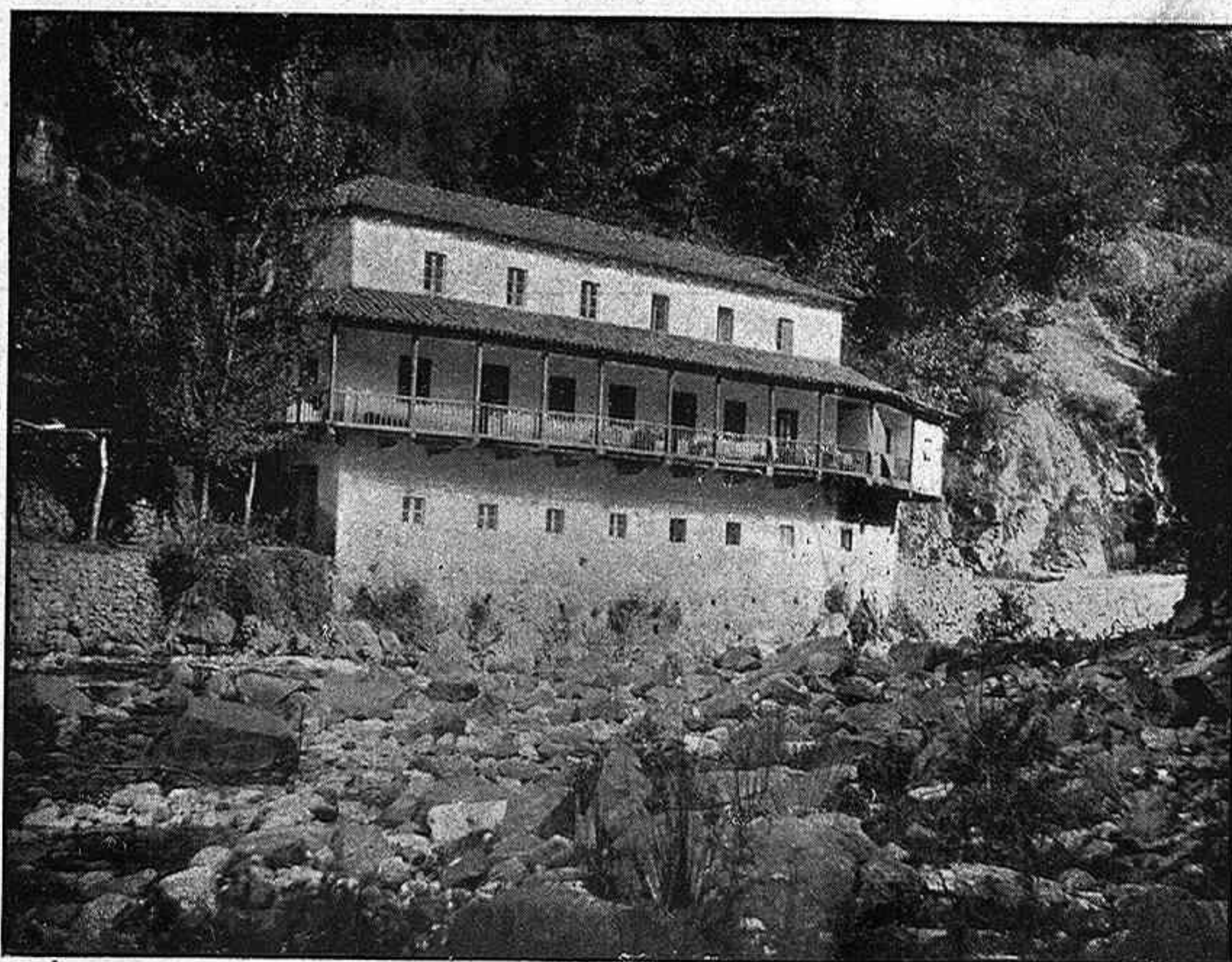
Mucho tiempo hacía que doña María fijara sus ojos en un libro religioso que tenía entre las manos, sin que por eso pasara de su primera página.

Las voces incoherentes, los votos, los cantos obscenos de la orgía que se celebraba cerca de ella, vinieron á sacarla de su ensimismamiento.

—¡Oh!—dijo postrándose ante la imagen del Crucificado.—¡Señor! ¡Señor! grande ha sido mi culpa, pero grande es también la expiación.

Y dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas.

Después permaneció mucho tiempo inmóvil, con las manos entrelazadas, con los ojos puestos en el Redentor y reflejando en su semblante el intenso dolor que le dominaba, su muda oración que elevaba á la divinidad los más recónditos secretos del alma como las flores elevan al cielo sus más exquisitos perfumes, pareció animarla con nueva fé. Cuando terminaba su plegaria se levantó, la calma reinaba en su semblante:



Establecimiento balneario del Puolo. (Fot. de D. M. Gómez.)

te: en sus ojos de continuo empañados con el llanto, brillaba una pura esperanza y vagaba por sus labios una tranquila sonrisa.

### VIII

La noche tendiera por completo su velo.

Sólo turbaba el silencio que reinaba en la campiña el ruido de las aguas del río, que se precipitaban bulliciosamente unas en pós de otras, y los roquidos de la mar que luchaba con las rocas de la costa, y que se percibía confusamente en lontananza.

Un grupo de hombres se acercaba cautelosamente al castillo de San Martín, al mismo tiempo que una barca cruzaba el río en la misma dirección.

Cuando esta barca llegó junto á la muralla del castillo, cuatro hombres que iban en ella saltaron á tierra, amarrándola á la orilla.

Luego clavaron gruesos ganchos de hierro en la muralla, y sosteniéndose en ellos lograron escalarla.

Cuando el que iba delante llegó al alto, y pudo dirigir entre las almenas una mirada al interior de la plaza, se detuvo y dijo con imperceptible voz á sus compañeros:

—Esta es la ocasión: sólo hay dos centinelas que se entretienen en deseocupar un enorme jarro de vino: pronto se les quita del medio.

El que así hablaba era Garduña I.

—Está bien, dijo su capitán: tu Rodrigo te colocas á la puerta de la torre para impedir acudir á sus gritos si acaso pueden darlos: vosotros, prosiguió dirigiéndose á los dos bandoleros amigos, abris la puerta á nuestros compañeros: de los centinelas yo me encargo.

—Con vuestro perdón, mi capitán, dijo el primer Garduña: permitidme que les anuncie vuestra llegada: fuimos tres días compañeros, y naturalmente, preferirán morir á manos de una persona conocida; además, sabéis que yo despacho la gente sin producir el menor ruido.

Pocos momentos después había sucedido todo según Garduña lo había previsto: llegóse á ellos demandándoles un vaso de vino, asestó á uno un terrible golpe con un puñal, y desarmó al otro atándole las manos á la espalda y tapándole la boca para que no diese la señal de alarma.

En tanto Pedro y sus compañeros no habían perdido el tiempo: corrieron á la gran puerta del castillo, donde después de una ligera lucha desarmaron á los centinelas, franqueándola á sus compañeros.

Juntos todos se dirigieron á la sala del festin guiados por la bullanga que en ella reinaba.

Cuando llegaron á la puerta se detuvieron á una señal de Pedro que había oído la voz de don Martín.

—Os burláis de mí, caballeros, decía; pues no tenéis por qué burlaros: me casé con doña María que era la más rica hembra de la provincia y me ha engañado, ¡oh! yo se lavar las manchas que caen sobre mis blasones: el fruto de sus amores no existe para avergonzarme.

—Sin embargo, se ha dicho...

—Patrañas, nada más, puras patrañas: ese miserable bandido que me teme, y que ha creído aterrorizarme de ese modo. Pero no, él no sabe nada. Vosotros, mis amigos, podéis creerme. Quien se venga como yo, no está deshonorado. Por lo demás, si queréis convencerlos, venid, subamos á visitar á mi esposa que agradecerá sin duda la visita porque es sumamente apasionada de la gente alegre, y ya veréis, ya veréis cómo el que se venga como yo, no puede ser deshonorado. Os autorizo para tratarla como más os plazca: subid conmigo todos. Y vacilante por la embriaguez se dirigió á abrir la puerta que saltaba al mismo tiempo hecha pedazos.

Pedro Giménez estaba en el dintel con los brazos cruzados y mirándolo fijamente.

—Basta ya—dijo:—su expiación concluyó: la vuestra empieza hoy: hoy concluirá también.

La repentina é imprevista aparición de los bandidos causó tal estupor en D. Martín y en todos los que estaban en su compañía, que por un largo rato permanecieron inmóviles, sin poderse explicar lo que á su vista pasaba. La posición del castillo que juzgaba inexpugnable, lo imprevisto y silencioso del ataque, todo aumentaba su sorpresa y aturdimiento.



El castellano que á sus defectos no unía la cobardía, fué el primero que volvió en sí, y echando mano á la espada se dirigió lleno de corage á Pedro Giménez animando con sus palabras á que le siguiesen los demás. Empezó entonces una terrible lucha, en la que muchos á falta de armas arrojaban á sus contrarios los jarros y los vasos del anterior festín.

Pero esta lucha era muy desigual: los bandidos preparados á ella, peleaban con hombres aletargados por el vino, que no esperaban el ataque y que por su estado apenas distinguían amigos de enemigos.

¡Pronto terminó! Diez de los soldados de D. Martín habían expirado á los golpes de los bandidos, y él cayó también al fin atravesado por la espada del capitán.

Entonces Rodrigo se acercó á éste, que conociendo sus deseos, se adelantó á ellos diciéndole:

—Sígueme.

Y subió con él la escalera que conducía á la prisión de la castellana.

El joven le seguía con los brazos cruzados, mirándole fijamente para leer en su semblante sus designios.

Se detuvo á una señal del capitán que le dijo:

—Rodrigo, tras de esta puerta mora la señora del castillo: tiempo es ya de que su martirio concluya: entra y dile que es libre.

Y descorrió él mismo los cerrojos de la maciza puerta.

El joven se arrojó en sus brazos y dos gruesas lágrimas vinieron á humedecer las toscas manos del capitán.

Este se desprendió de ellos y le señaló con el dedo la puerta que conducía á la habitación de doña María.

El joven penetró en ella.

El triste aspecto que presentaba le hizo detenerse conmovido.

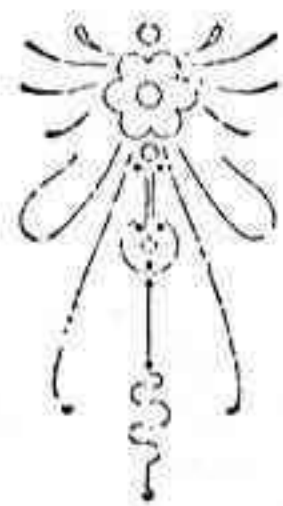
Doña María dormía en su lecho. La oración que había elevado al Ser Supremo, volviera la calma á su espíritu y esta calma se reflejaba en su semblante.

Un sueño de ventura había venido á resarcirla quizá de todos los disgustos que en tantos años había sufrido.

Porque hay sueños que se sienten tan distintamente como una realidad: donde los objetos se distinguen claramente, donde escuchamos voces queridas que llenan de ventura el corazón: sueños en que reaparecen ante nosotros, seres que lloramos perdidos.

(Se continuará)

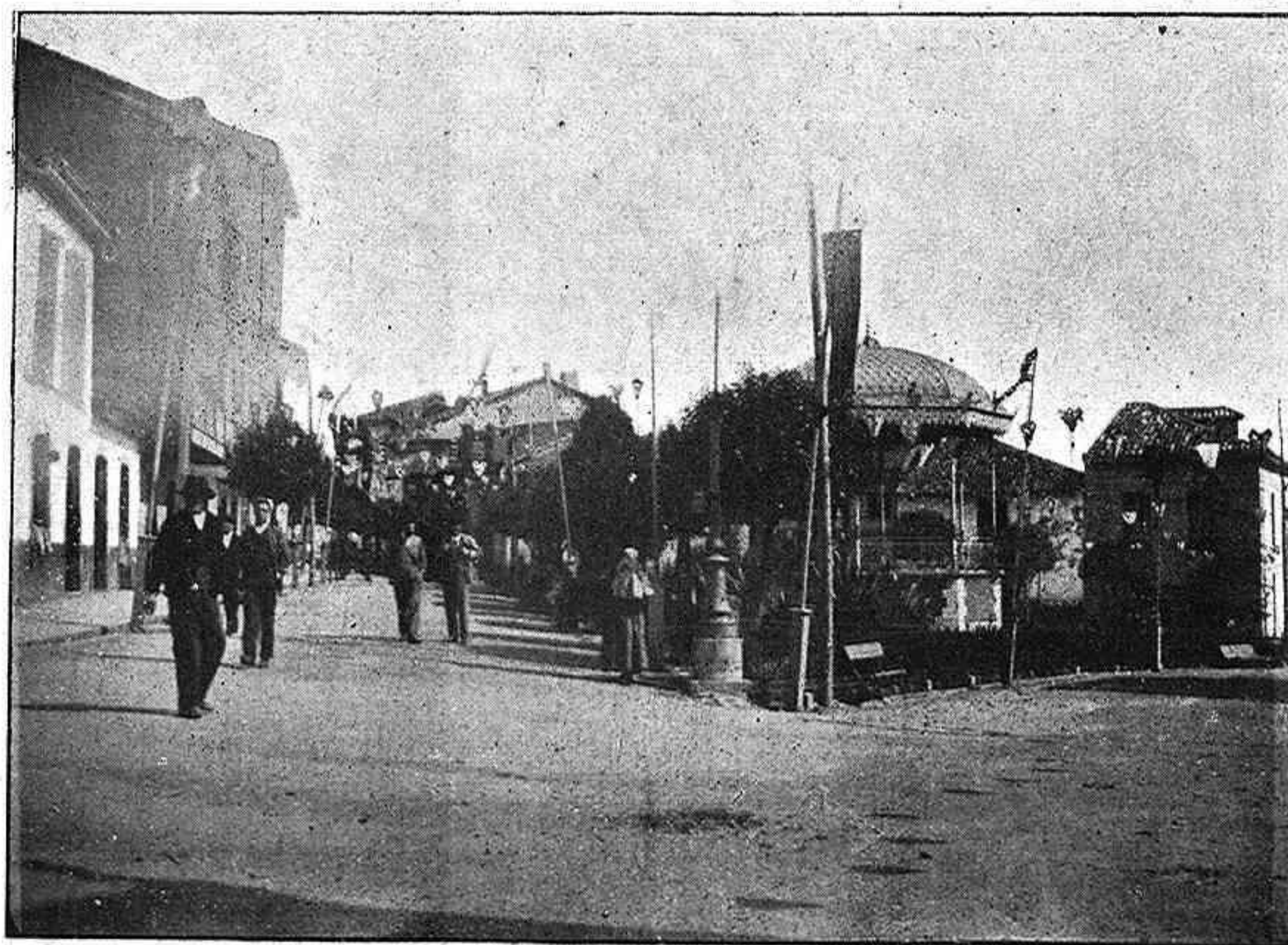
ANTONIO ARANGO



## INVIERNO

Qué triste está el campo!  
¡qué mustio, qué seco!  
¡Qué tristes, que tristes  
presagios de invierno!  
La nieve en las cumbres,  
abajo los hielos;  
las fuentes sin notas,  
los bosques sin ecos;  
las densas neblinas  
tendidas, cual velos  
que flotan y ocultan  
las chozas del pueblo.  
No se oye en las ramas  
que azotan los cierzos,  
las dulces canturrias  
de raros conciertos.  
Las aves canoras  
huyeron bien presto  
al ver los anuncios  
del próximo invierno.  
No trae en sus alas  
veloces el viento  
las risas, los cantos  
que entona el labriego  
al paso que, activo,  
los surcos va abriendo.  
¡Que triste está el campo!  
¡Qué mustio, qué seco!  
¡Qué tristes presagios!  
¡Malhaya el invierno!

AMANCIO DÍAZ.



NOREÑA.—Paseo de Fray Ramón Martínez Vigil (Fot. de D. Alejandro R. Bustelo)



# — N I E V E —

A D. Edmundo Díaz

## I

Todo acabó entre nosotros. Puede V. recluirse ó ser libre; yo seré del Casino ó de mi habitación, del recogimiento ó de la orgía, según me plazca, señora.

—Deseaba esa declaración, y me place, caballero. El esposo termina en sus últimas palabras, y empieza el ser indiferente, al que sino desprecio, es por no hacerme tan mezquina como él. El hombre que no cumple sus deberes no es hombre y por tanto merece que le escupan; pero lejos de mi corazón el mal, me contento con ser única y exclusivamente de mi hijo, entiéndalo bien; dijo que todo acabó entre nosotros y se lo hago recordar. Váyase á la orgía donde acabó con mi amor y nuestra fortuna; váyase al vicio y al derroche de donde no pudieron traerle mis cariños de esposa ni mis súplicas de madre; no me interesa su suerte.

El disipado calavera hizo un gesto de desdén, cogió el sombrero, se inclinó ligeramente y con manifiesta rabia salió de la estancia donde se había desarrollado la última escena provocada por su insensato proceder. Cuando desapareció, la mujer dió libertad á sus sentimientos amorosos y lloró, lloró quedamente como se llora ante los más grandes dolores morales. En aquellas lágrimas se esfumó el cariño de la esposa; con ellas se marcharon las dulcísimas ilusiones concebidas al formar un hogar que creyó basado en el mayor apasionamiento.

La hembra cumplió sus deberes; el varón marchitó el amor y se deshizo el hogar...

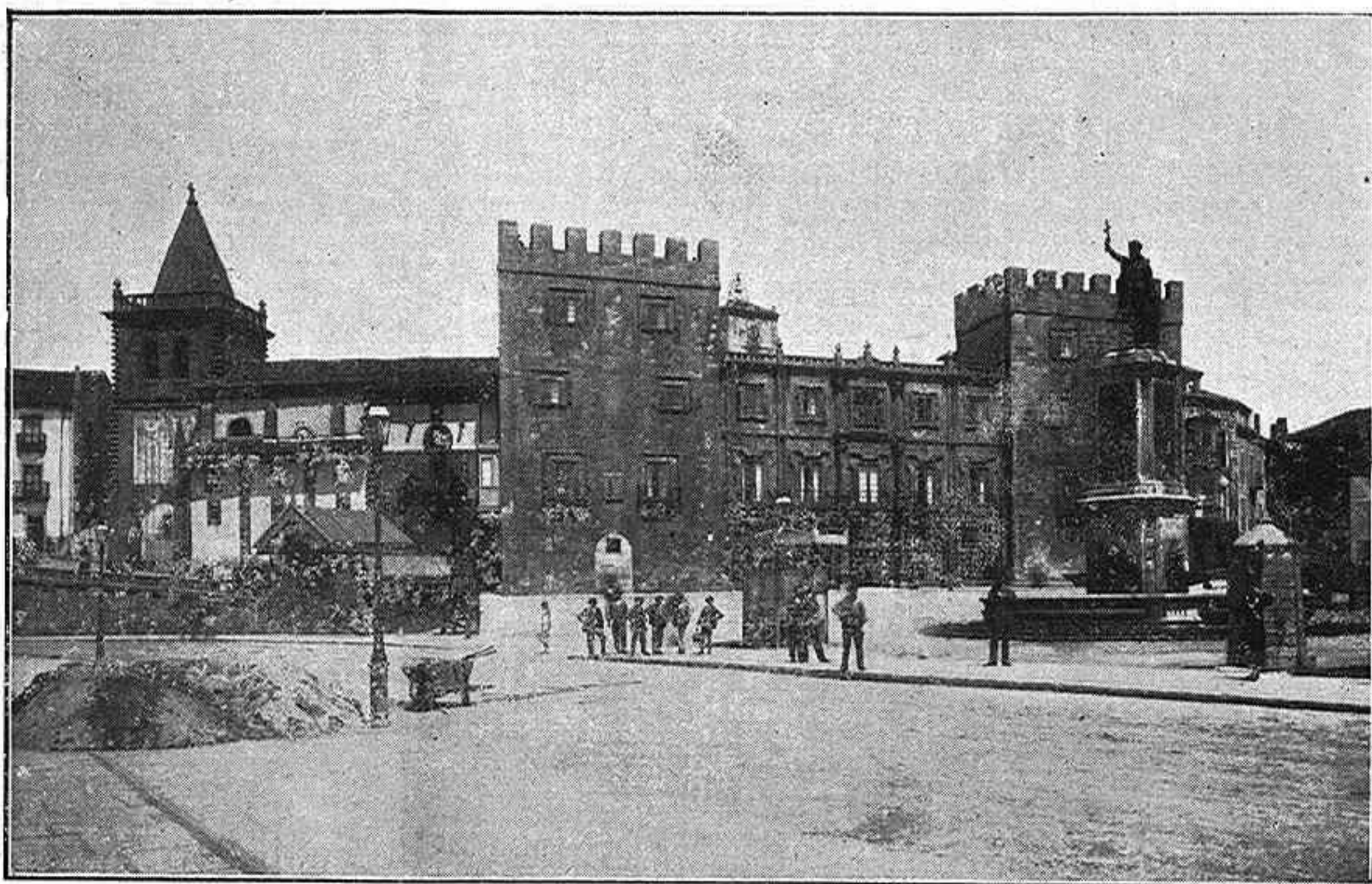
## II

..... Ha pasado un rato desde la anterior escena.

El huracán zumba impetuoso, con rábia, como si quisiera truncar cuanto encontrara á su paso.

La lluvia cae con estrépito, produciendo miedoso rumor al golpetear furiosa sobre los cristales de los balcones de la habitación.

Se abre la puerta por donde salió el hombre ingrato y aparece en ella un niño de angelical figura. La mujer dá un grito de



GIJÓN Palacio del Conde de Revillagigedo

maternal pasión y corre á estrechar contra su pecho al pequeñuelo. Lo sienta sobre sus rodillas y cogiendo entre las manos ardientes la pequeña cabecita, estampa en la frente del niño besos.

El infante los devuelve y abalanzándose al cuello de su madre aprieta con fuerza impropia de sus pocos años.

—Te *tero* mucho, mamá— balbucea con su vocecilla gangosa y apenas inteligible.

—Y yó á tí hijo mío; mucho, muchísimo, más que á nadie en el mundo.

—¿Más que á papá?

La madre hace una exclamación casi imperceptible y á los ojos acuden nuevas lágrimas que pretende ocultar.

--Dilo ¿más que á papá?--insiste la criatura.



—Sí más, más, mucho más—contesta frenética.

—Y yó *tamien* te *tero* más que á papá porque no me *tere* dar besos y no me llama nunca.

La infeliz esposa se ahoga en llanto pero procura ocultárselo á su hijo. Le falta aire que respirar, se siente próxima á un vahido y con ansiedad se aproxima al balcón y abre los cristales para respirar el aire libre.

El niño vá detrás de ella.

Yá no llueve. El vendabal ha cesado. El agua se ha trocado en una lenta y copiosa nevada que extiende manto de armiño sobre la tierra. Los níveos copos impresionan

á la mujer y desvanecen los temores de congestión. El niño habla:

—¡Mamá, que fría está la nieve!

—Así hay muchos corazones—piensa la madre, estampando nuevo ósculo sobre la frente del pequeño.

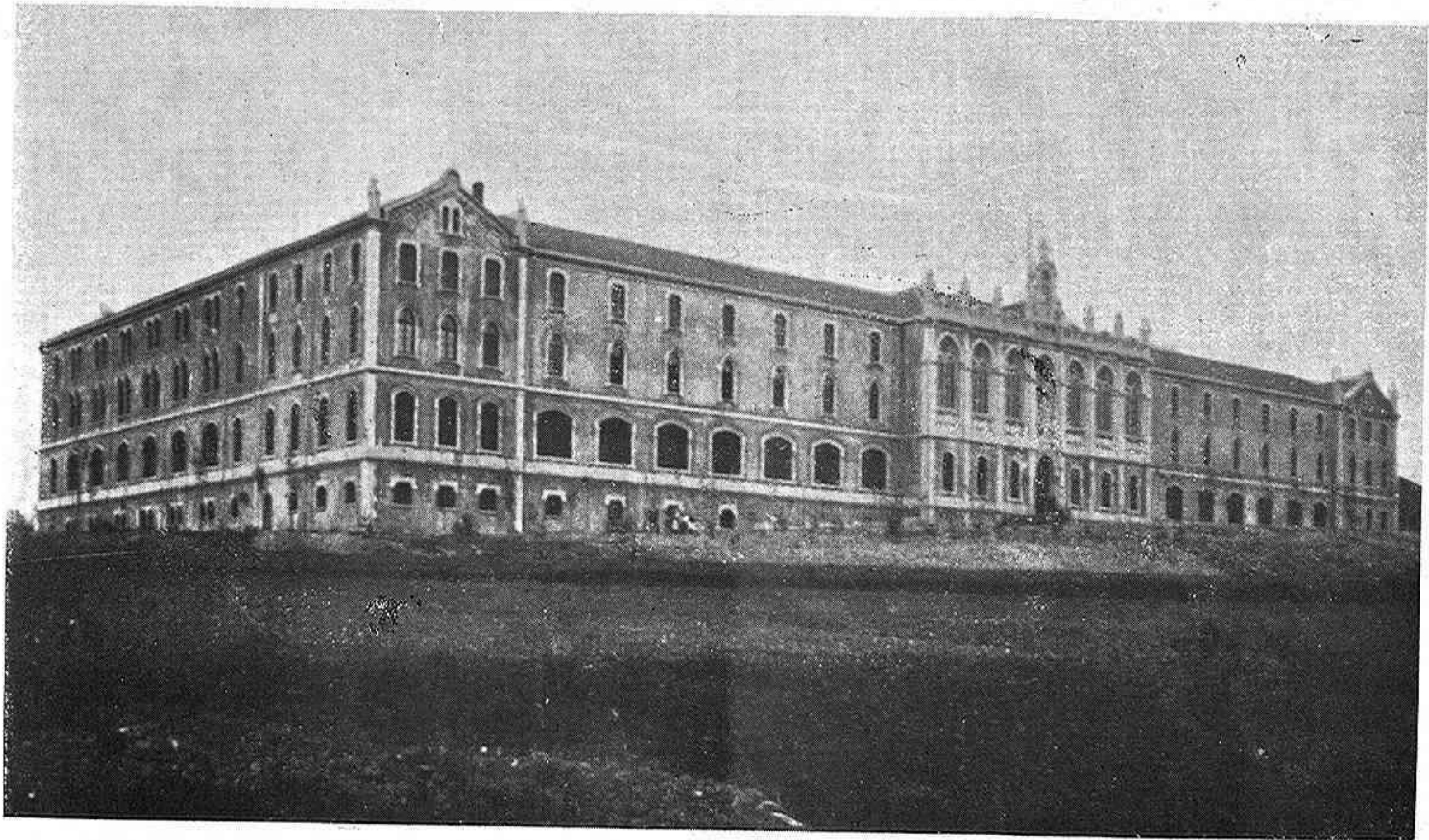
—¡Ay!—exclama el chiquitín; —ahora me ha caído una gota que me ha quemado la cara, mamá!

La madre se enjuga rápidamente los ojos llorosos y dice:

—Eso es un copo de nieve, hijo mío.

—Nó mamá la nieve es fría, y esa gota quemaba... ¡Parecía una lágrima!...

LEOCADIO MARTÍN-RUIZ



Nuevo Seminario de Oviedo

## SUEÑOS

Soñé una vez, cuando estudiaba leyes,  
que me iban un *suspensio* á adjudicar;  
me examiné, y el malhadado sueño  
resultó una verdad.

Soñé, cuando escribí mi primer drama,  
que lo iban á silbar;  
se estrenó, y el teatro aquella noche  
se convirtió en furioso vendabal.

Soñé, en otra ocasión, que me casaba,  
sin tener cuatro cuartos para pan,

y me hallé de la noche á la mañana  
ahorcado... sin ahorcar.

Soñé también, que se murió mi suegra,  
¡Cuidado que es soñar!

y recibí un telegrama que vino  
el sueño á confirmar.

Soñé que me caía el premio grande,  
y que iban mis desdichas á cesar;  
y aunque esto lo he soñado varias veces,  
ninguna se ha llegado á realizar.

M. DE T.





Conquistas del progreso

## EL HOMBRE

Creó Dios el mundo de la nada; creó la tierra con bosques, con llanuras, con prados, con montañas; creó el mar y creó ríos y lagos. Creó la luz, el sol, la luna y las estrellas; creó el reino animal y, por último, creó el hombre.

Y quiso Dios hacer el hombre á su imagen y semejanza, y le dió sobre los demás animales la inteligencia y la voluntad.

—Vosotros, dijo á los irracionales, obraréis fatalmente, seguiréis invariablemente las mismas leyes, el instinto guiará siempre vuestros pasos.

—Tú, dijo Dios al hombre, tendrás la inteligencia para dominar tus impulsos instintivos; tendrás el libre albedrío para poder escoger el bien ó el mal; serás responsable de tus actos, pues obrarás siempre según tu voluntad. Tú serás el rey de la creación; y para que veas que he puesto en tí todo mi saber, quiero que reúnas todas las cualidades que he dado á los demás animales.

Dijo esto Dios y desapareció.

Y efectivamente; el hombre sabe ser valiente como el león, bravo como el toro,

traidor como el tigre, manso como el cordero. Trepa á los árboles como el mono, se arrastra muchas veces como la serpiente, es venenoso como el áspid, sabe nadar como los peces y ha buscado el medio de remontarse por los aires como las aves.

El hombre canta como el ruiseñor, habla como la cotorra, corre como el galgo, llora como el cocodrilo y es dócil como el camello.

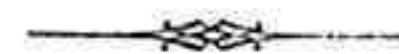
Y, desgraciadamente, hay muchos hombres que rebuznan como el asno.

F.

## NOVIEMBRE

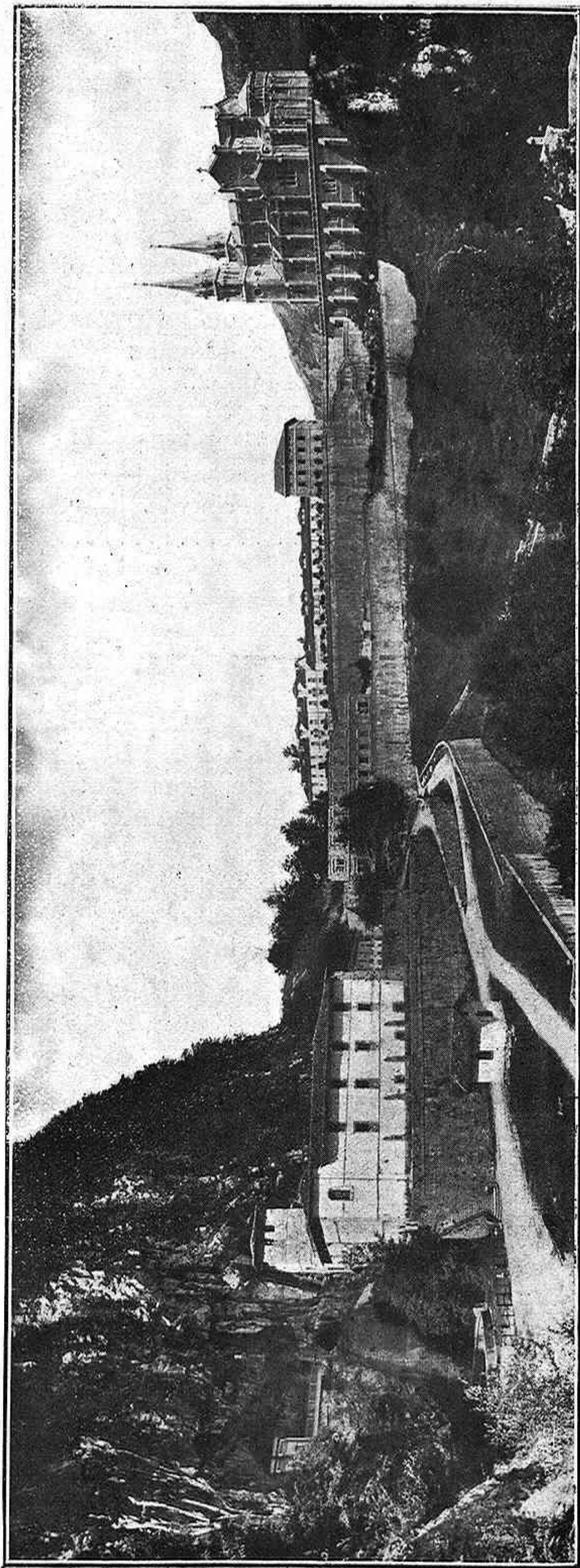
Pasaron ya del apacible estío  
las noches luminosas y serenas,  
llevándose del bosque rumoroso  
los últimos arpegios y cadencias;  
la luna, con sus débiles destellos,  
alcanza apenas á alumbrar la tierra,  
reflejando su líbido semblante  
del hondo valle en la encharcada vega;  
y errante y sola en la callada noche,  
cual medroso fantasma, se pasea  
la Musa del invierno, arrebuja  
en andrajosa túnica de niebla.

ANANCIO DÍAZ





Vista general de Covadonga



## LEYENDAS

**El Cristo de Candás**

Para la encantadora  
señorita M. Collar.

## I

## LAS DOS TEMPESTADES

¿Cuál es la tempestad que más destroza?  
¿La que en los aires brama  
y muge, y grita y llega hasta la tierra  
y hiende el árbol y éntrase en la choza  
y á trepidar la obliga?  
¿La que el espacio inflama  
y arrastra en pos de sí la voz del trueno?  
¿La que las hondas de la mar aterra?  
¿La que las aguas de la mar fustiga?

¿O la que el alma hiere rudamente  
como aguijón de iniquidades lleno?  
¿La que el dolor en ella destilando  
muy poco á poco vá, muy suavemente,  
para que así le guste con más calma,  
y más la roa el mal que va gustando,  
y sufra más el alma?  
Como la estatua del dolor severa,  
con la rodilla hincada en la ribera  
donde la mar se bate,  
con la mirada fija en lontananza,  
sin energía ya, sin esperanza  
María Cruz está. Lúgubrementemente  
en torno á su cabeza  
el huracán su látigo sacude,  
y cual si fuera el eco de un lamento  
en los mares perdido,  
un jay! modula á veces, de tristeza,  
que obliga á Cruz á levantar la frente

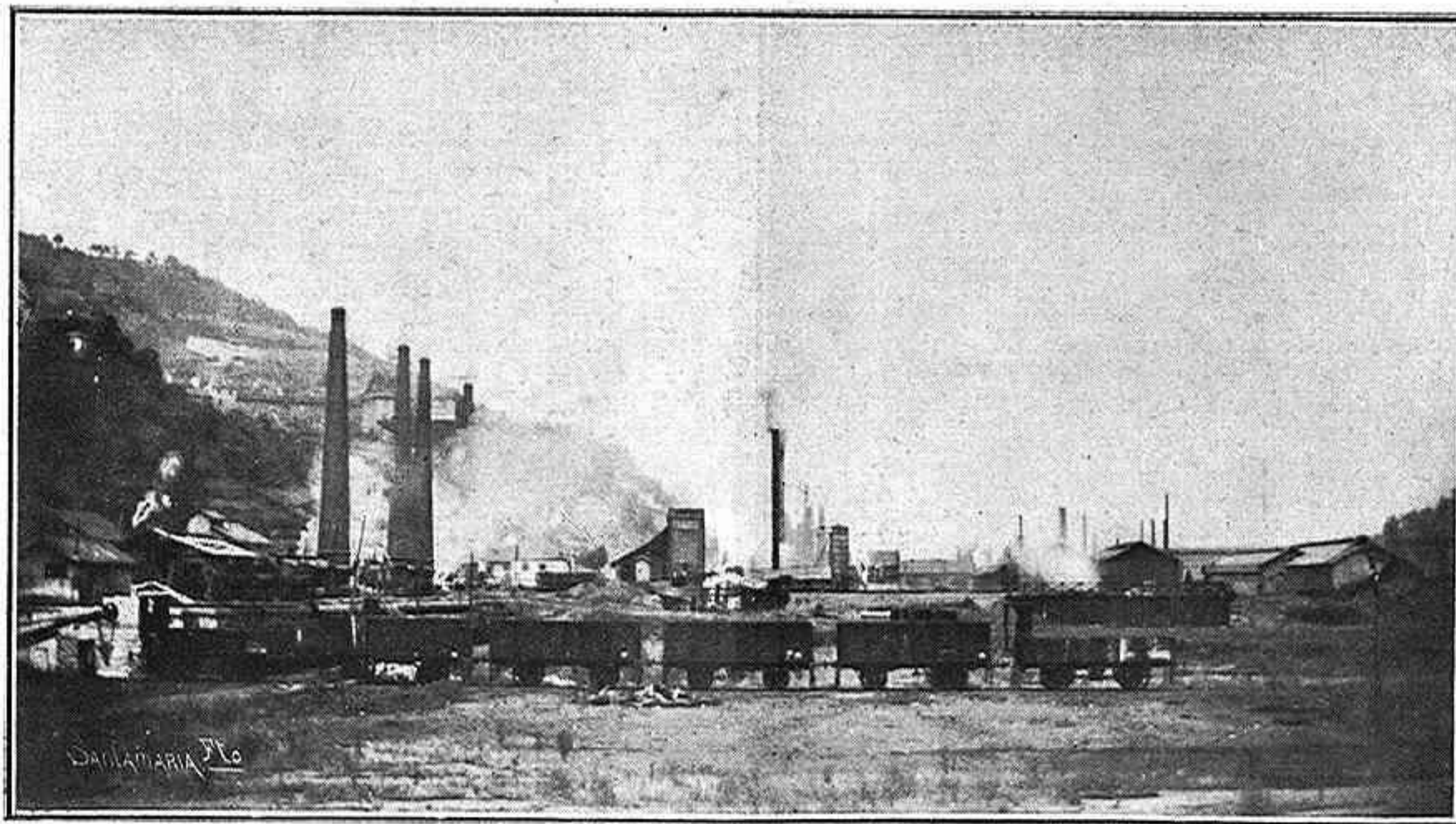
para clavar los ojos en la altura  
por un solo momento;  
porque es el jay! fatal pronto absorbido  
por el bramar y rebramar del viento,  
de la mujer ajeno á la tortura.  
A veces, apartando  
de alguna negra nube los celajes,  
con roncacas convulsiones,  
vese de fuego descender un río,  
vese vibrar el rayo, serpeando,  
y vese su fulgor, pronto y sombrío  
hundirse allá, en las aguas, restallando.  
Y el viento que furioso  
silba, amenaza, se revuelve y llora,  
á las ondas aterra,  
y al socavarlas con furor, levanta  
sus crestas hasta el cielo,  
y envuélvelos en bruma,  
y tense luego de soberbia tanta,



y arrástralas por tierra,  
y las ahoga allí, llenas de espuma.  
Y en pié ya, todavía  
María Cruz prosigue fijamente  
los mares contemplando:  
su esposo fuera al mar y no volvía;  
su esposo fuera al mar tempranamente  
del *Turrión* en la nave,  
y ella, que mucho del *Turrión* recela,  
esperando, esperando,  
sufre y se agita y llora;  
y aún cuando nada sabe  
que de su esposo acuse al compañero,  
la duda el alma le destroza y hiela,  
mientras del mar la furia vengadora  
con sus gemidos de dolor la espanta,  
y el huracán su látigo de acero  
sacude alrededor de su garganta.  
Adoraba á Jacobo;  
fué su primer amor, su afán primero,  
y aún cuando era el marino  
de mar valiente lobo  
sufría Cruz, sufría horriblemente,  
porque del mar la furia la aterraba,

y levantó los ojos hacia el cielo  
pidiéndole á su esposo;  
y fué hacia el mar, erguida,  
y le observó otra vez, con el anhelo  
de ver si regresaba,  
y al mar maldijo porque no le daba  
lo que había, cruel, arrebatado;  
y amenazó á las olas que á su lado  
morían en la arena,  
y de llorar cesó: por un instante,  
quedó tranquila, impávida, serena,  
cual si no hubiese acontecido nada;  
irguióse luego con extraño brío,  
furiosa, amenazante,  
corrió hacia el mar después desesperada,  
y levantó los puños, sollozando:  
—¡Jacobó...! ¡esposo mío...!  
rugió como una fiera  
á quien le están los hijos destrozando,  
soltó después horrible carcajada,  
y se sentó á reir en la ribera...

.....  
Mucho luchó la mar y mucho el viento;  
á su ímpetu violento



Fábrica de Mieres

porque le suponía,  
perdidos ya su barco y su camino,  
luchando con las olas rudamente,  
y oírle ya gritar se figuraba  
en el rugir del viento  
y verle ya creía  
sobre las olas, sin vigor, inerte;  
luchando, débil ya, con la agonía,  
y entre las garras luego de la muerte.  
Y salió del mutismo  
que le causó el espanto,  
no resistiendo más: amaba mucho,  
vibraba de locura su organismo;  
vióse sin él, y le adoraba tanto,  
que él llenaba su vida;

tembló de espanto el hombre;  
pero después cansaron  
en la lucha empeñada,  
y poco á poco, humildes, se amansaron.  
Sólo cuando á la aurora  
fueron á ver los pobres pescadores  
si acaso en la ribera  
juguete hallara para sus horrores  
la furia vengadora  
en alguna velera,  
pudieron ver en tierra, sin sentido,  
con la sonrisa aún entre los labios,  
á Cruz la pescadora;  
y en pié, ante ella, inmóvil, y aterido,  
porque del mar el agua le empapaba,



hallaron al *Turrión* que la miraba  
con el dolor marcado en el semblante;  
y nada le dijeron,  
porque el *Turrión* lloraba...

.....  
Y con afán solícito y amante,  
á Cruz á su morada condujeron.  
.....

¿Cuál es la tempestad que más destroza?  
¿La que en los aires brama  
y muge y grita y llega hasta la tierra  
y hiende el árbol y éntrase en la choza  
y á trepidar la obliga?  
¿La que el espacio inflama  
y arrastra en pos de sí la voz del trueno?  
¿la que las ondas de la mar aterra?  
¿la que las aguas de la mar fustiga?

ni aún yo lo sé de fijo;  
creo, no obstante, que llegará al puerto.  
Lo juro por la cruz; yo no quería;  
pero Jacobo mismo lo pedía,  
y yo que desde niño  
llevo en el alma la indeleble marca  
que me grabó en el alma su cariño  
siempre esculpida y fiel y siempre fresca,  
al escuchar su voz paré mi barca,  
y al escuchar su ruego fuí á la pesca.  
Tranquilo estaba el mar, hermoso el cielo;  
tras una nube de oro  
el sol aparecía;  
por nuestro afán llevada y nuestro anhelo,  
en busca del tesoro  
que mi infeliz amigo apetecía,  
nuestra barca corría,



Vista general de Navia

¿ó la que el alma hiere  
como aguijón de iniquidades lleno?  
¿la que en ella el veneno  
del padecer desata?  
La tempestad del mundo, pasa, y muere...  
La tempestad del alma, muere, y mata...

## II

### DRAMA DE MAR

Y se sentó el *Turrión* junto á su lecho  
trémulo y abatido;  
y Antonio el pescador que antiguamente  
con el *Turrión* había  
á Cruz amado y á la vez seguido,  
mirándole de frente,  
cual si algo recelara,  
—¿murió Jacobo?— preguntóle al cabo,  
mientras la pobre loca se reía;  
se levantó el *Turrión* serenamente,  
como si todo su dolor pasara  
en aquel mismo instante,  
y tranquilo el semblante,  
á Antonio se volvió, y así le dijo:  
—Le ví caer, pero si el mar le ha muerto

izada ya la vela,  
dejando atrás, sobre la mar que hendía  
de blanca espuma luminosa estela.  
Y perdimos el puerto...  
y nuestro rumbo prosiguiendo incierto,  
á seis millas llegamos...  
y en tanto el sol del cielo se alejaba,  
y en negros nubarrones  
el día se ocultaba...  
y cuando lo notamos,  
ya por completo el sol desapareciera...  
ya la bruma envolvía  
nuestra débil velera...  
ya enteramente se apagara el día...  
Vimos las olas irse persiguiendo,  
coronadas de espuma;  
vimos saltar sus gotas en la bruma  
con horroroso estruendo...  
y el vendabal sus fuerzas concitaba...  
y ya contra el costado  
violentamente el agua se estrellaba...  
y oíase el crujido  
á la barca arrancado...  
y élla corría y sin cesar corría...



y cual si el aire bajo el mar se hundiera,  
 el mar subía y sin cesar subía...  
 y cuando ya la cresta de sus ondas  
 llevaba al cielo casi la velera,  
 simas dejaba atrás lúgubres, hondas,  
 y en ellas raudamente  
 la barca iba á rodar, como si fuera  
 gota también del mar omnipotente...  
 Y al fin... un latigazo  
 lanzónos al abismo...  
 Yo de la barca conservé un pedazo...  
 El... del mar era un lobo...  
 le ví luchar... luchar... con heroísmo,  
 sin que prestarle ayuda consiguiera...  
 después... las olas me llevaron lejos,  
 y no vi más al infeliz Jacobo...  
 Yo conseguí arribar; salté á una roca,  
 y al dirigir en torno la mirada  
 vi una mujer tendida en la ribera...  
 grité... volví á gritar... y como nada  
 á mi voz respondía,  
 á la ribera fuí... ¡La encontré loca!  
 ¡Y era María Cruz...! ¡era María...!  
 Calló el *Turrión*, cual si quisiera acaso  
 no recordar ya más el incidente;  
 después, con lento paso,  
 pero tranquilamente,  
 fuese hacia Antonio, el rudo marinero  
 que la pregunta al empezar le hiciera,  
 y así otra vez le dijo:  
 —¡quizá no se haya muerto!  
 ¡quizá vendrá Jacobo todavía!  
 Yo... no lo sé de fijo...  
 voy á gritar al puerto...  
 y cuida tú, entre tanto, de María...  
 Salió el *Turrión*; quedóse pensativo  
 Antonio, el pescador, que antiguamente  
 con el *Turrión* había  
 á Cruz seguido y á la vez amado,  
 y murmuró después, calladamente:  
 —Yo le conozco bien... yo le he tratado;  
 casi lo juraría...  
 Era, en verdad, muy débil la velera,  
 mas si murió Jacobo,  
 si, lo que Dios no quiera,  
 al puerto no ha llegado...  
 será, sin duda, una obsesión traidora,  
 pero es cierta... á té mía...  
 El *Turrión* lé ha matado;  
 y todo... todo fué porque aún la adora...

## III

## EL CRISTO DE CANDÁS

Rudo el combate fuera;  
 la noche de agonía  
 que pasó en la ribera,  
 porque su esposo al piélagos se fuera  
 y de él no se volvía,  
 el recuerdo espantoso  
 de aquel bramar y rebramar del viento,

del eco quejumbroso  
 que en forma de lamento  
 como un adiós de despedida oyera,  
 todo confusamente  
 en su memoria sin cesar luchaba,  
 y so la cruel idea que su mente  
 y su amoroso corazón llenaba,  
 la flor más bella que Candás tenía  
 soñaba... y con placer, porque soñaba  
 que Jacobo volvía...  
 Y llena de ilusiones,  
 al chispear el sol tras los montones  
 de nubes del Oriente,  
 su choza abandonaba,  
 y se iba á la ribera  
 asídua y diariamente,  
 para poderle ver, cuando volviera...  
 Y cuando en el camino  
 que solitario y triste  
 la conducía hasta empinada roca,  
 un pescador hallaba peregrino,  
 siempre exclamaba así la pobre loca:  
 —Mientras yo aquí no estuve ¿tú le viste?

.....  
 Allí estaba aquel día  
 firme y de pié sobre el cercano monte,  
 con la mirada lúgubre y sombría  
 fija en el horizonte,  
 como si en él escrudiñar quisiera  
 algún terrible arcano.  
 Los muchos pescadores  
 que desde la ribera  
 tanto dolor miraban y amargura,  
 tanta firmeza y esperar en vano,  
 su corazón sentían oprimido  
 por extraños temores,  
 y este su afán mostraba en un gemido,  
 y en sorda voz el otro de tristura.  
 De repente callaron;  
 el lívido semblante  
 de la angustiada loca  
 les pareció volverse fulgurante;  
 de su pequeña boca  
 tibios murmullos de placer salieron;  
 sus ojos se animaron;  
 sus brazos se movieron...  
 y al fin, como si fuera  
 de un pensamiento solo arrebatada,  
 como si alguien sus órganos tendiera,  
 como si obrase sólo estimulada  
 por ese pensamiento,  
 la mano levantando,  
 hacia el piélagos hirviente,  
 —¡Allí!...—clamó gozosa, señalando  
 un punto en movimiento,  
 —¡Allí!... gritó la loca  
 con majestad erguida...  
 y no pudiendo más, desfallecida,  
 cayó sobre la roca...



.....

Cuando los pescadores  
el punto divisaron  
que ella les señalaba,  
de hinojos de repente  
en la ribera, humildes, se postraron:  
el misterioso objeto que abanzaba  
sobre una barca erguido,  
el que creyó María en su locura,  
que era su amor querido,  
era un Cristo, que estaba  
cruel y sangrientamente mutilado,  
y en una tosca Cruz crucificado;  
era un antiguo Cristo de madera  
que el *Turrión* conducía,  
porque le halló en la mar, á la ribera,  
como sagrada vela levantado;  
era un antiguo Cristo, á quien seguía  
la audáz marinería  
del mar por la llanura,  
llena de asombro y de contento llena;  
era un antiguo Cristo, una escultura  
que reverencia y lástima inspiraba,  
un Cristo de dolor, de tez morena,  
cubierto de tristeza y de amargura:  
el *Cristo de Candás*: tal lo llamaba  
el pueblo yá, que ansioso le esperaba  
lleno á la vez de júbilo y de pena.

## IV

## FISCAL DEL CIELO

Después que aquel tesoro recogieron  
los buenos pescadores,  
para llorar de Cristo los dolores,  
todos, con El, al templo concurren.  
Y ante los piés benditos  
de la antigua escultura,  
humildes y contritos,  
con fé sencilla y devoción oyeron  
la voz del señor cura:  
—¿Quién nos lo trajo aquí? seguramente  
el mismo Dios ha sido omnipotente  
para calmar así nuestros pesares;  
su dedo fué divino  
quien le marcó la ruta por los mares,  
quien le enseñó el camino.  
El fué quien nos lo trajo,  
para que nuestra fé no se extinguiera,  
para que al ir en busca de trabajo,  
huyendo la ribera,  
cuando los nubarrones  
alguna vez la tempestad levante,  
cuando entre inmensos pliegues sus traiciones  
el mar furioso encubra,  
himnos de aliento nuestra voz le cante,  
y en El remedio la piedad descubra,  
y en El también la paz los corazones...  
Y allí por eso está; por eso mismo;

si aquella hermosa frente  
hoy coronada está por el cinismo  
de sangrientas espinas,  
si en aquella mirada,  
donde aún ayer brillaban de su esencia  
las grandezas divinas,  
sólo hoy se ve la muerte y la tortura,  
si aquella boca ya no mana mieles,  
si contraída está; si está abrasada,  
si las espinas crueles,  
como sarcasmo horrible á su grandeza,  
circundan su cabeza,  
si aquel tierno costado  
tras el que ardía el corazón divino,  
hoy está desgarrado  
porque su lanza en él hundió Longino,  
por eso fué, por eso:  
porque moveros quiere con el peso  
de su inmensa tortura,  
á que le améis vosotros cual os ama;  
porque libraros quiso del verdugo  
que nuestra mente desgarraba impura,  
so aborrecible yugo,  
y porque, en fin, anhela  
que á El acudáis en todo y para todo,  
y que imploréis su ayuda,  
si vuestro bote por los mares vuela,  
si vuestra choza vuestra vida escuda,  
y si, tras lucha ruda,  
el alma alguno se dejó en el lodo...—  
Y el *Turrión* le escuchaba,  
y alguna vez los ojos dirigía  
al Cristo humildemente,  
y alguna vez al suelo los bajaba  
y alguna vez al cura los volvía.  
Y conmovido y tierno y vehemente,  
el cura continuaba:  
—... El desde allí los pensamientos mira,  
y El desde allí os llama suplicante;  
hoy día es de perdón; hoy, si algún crimen  
ha vuestra alma manchado,  
pedidle compasión interiormente,  
y haced que llore el corazón amante:  
¡las lágrimas redimen...!  
¡y corazón que llora; es perdonado...!»  
Y el *Turrión* le escuchaba...  
y otra vez miró al Cristo,  
y trémulo quedó, de espanto lleno;  
el Cristo le llamaba;  
él mismo le había visto  
inclinarse la cabeza;  
él mismo vió también aquellos ojos  
mirarle con tristeza,  
de indignación preñados y de enojos;  
aquellos ojos que al mirar con ira  
de horror llenaban y de miedo el alma;  
aquellos ojos cuyo fuego inspira  
veneración y espanto;  
aquellos ojos que al mirar con calma



llenar el corazón de gozo santo  
y el alma de ventura;  
y al infeliz *Turrión*, aquellos ojos  
del Cristo del dolor, de tez morena,  
cubierto de tristeza y de amargura,  
mirábanle con pena  
de indignación preñados y de enojos...  
Y el cura prosiguía:  
—... Donde le veis, clavado,  
la caridad le puso con que ama;  
y ya que de agonía  
vuestro amor le ha llenado,  
oíde, que os llama...!»—  
Calló; más de repente  
vióse apartarse á un lado á aquella gente  
que su voz escuchaba,  
vióse al *Turrión* que lívido avanzaba,  
vióse que allí de hinojos  
ante los piés cayó de la escultura,  
vióse que de sus ojos  
llanto de amor corría y de amargura,  
y oyóse que decía,  
con fuerte voz el mísero marino:  
—¡No me miréis... Señor..! ¡yo la quería..!  
¡yo he sido el asesino...!

.....  
Y en aquel mismo instante  
sonó tras de la gente  
un nuevo grito, agudo y penetrante,  
exclamación postrera de un demente  
que recobrando la razón perdida  
por un solo momento,  
vuelve á perderla luego con la vida;  
grito del sentimiento,  
grito arrancado al alma destrozada,  
grito de amor, de pena y de tortura,  
de un corazón dulcísimo que herido  
del dolor por la espada  
juntó en aquel latido  
su caridad entera y su ternura;  
y cuando pudo verse á la persona  
que su dolor mostrara en aquel tono,  
oyeron á María,  
que con acente débil ya decía:  
—¡Turrión,..! ¡El te perdona...!  
Yo.... ¡también te perdono...!

.....

*Fin de la primera parte.*

LUDEAMARO

## LIBROS RECIBIDOS

### CUENTOS

POR

### José del Castillo y Soriano

El amigo fidelísimo, el compañero inseparable del llorado Núñez de Arce, es un veterano de las letras que ha escrito mucho.... y bueno.

En la prensa, en el teatro, en el libro hizo bue-

nas campañas y obtuvo sólida reputación.

El tomo que acaba de publicar bastaría para darle fama de literato de esquisito gusto, de vasta cultura y de imaginación lozana.

Son veintitantos cuentos que no tienen desperdicio.

Los he leído de un tirón y confieso que hacía bastante tiempo no había caído en mis manos un libro tan agradable.

Los *Cuentos* de Castillo y Soriano, escritos con prosa castiza y diáfana, pueden sin el menor re-

paro ponerse en manos de la niña más inocente y cándida.

«Sorteo de Navidad,» «El Gran talismán,» «Perros y gorriones,» «La Carta de Aurora,» son cuentos que encierran enseñanzas muy provechosas.

Recomiendo á los lectores de LA ILUSTRACIÓN ASTURIANA que adquieran tan hermoso libro, en la seguridad de que han de agradecerme.

\* \* \*

## AIRES COLADOS

FOR

### PALIQUE

D. Luis Rodríguez, que desde muy joven se dió á conocer como periodista en la prensa de Oviedo, ha publicado un tomo de cuentos, cantares y



Caldas de Priorio



epigramas, ilustrado por Cuesta (D. José), Muñóz de la Espada, Pérez Santamarina, Prado y Sordo.

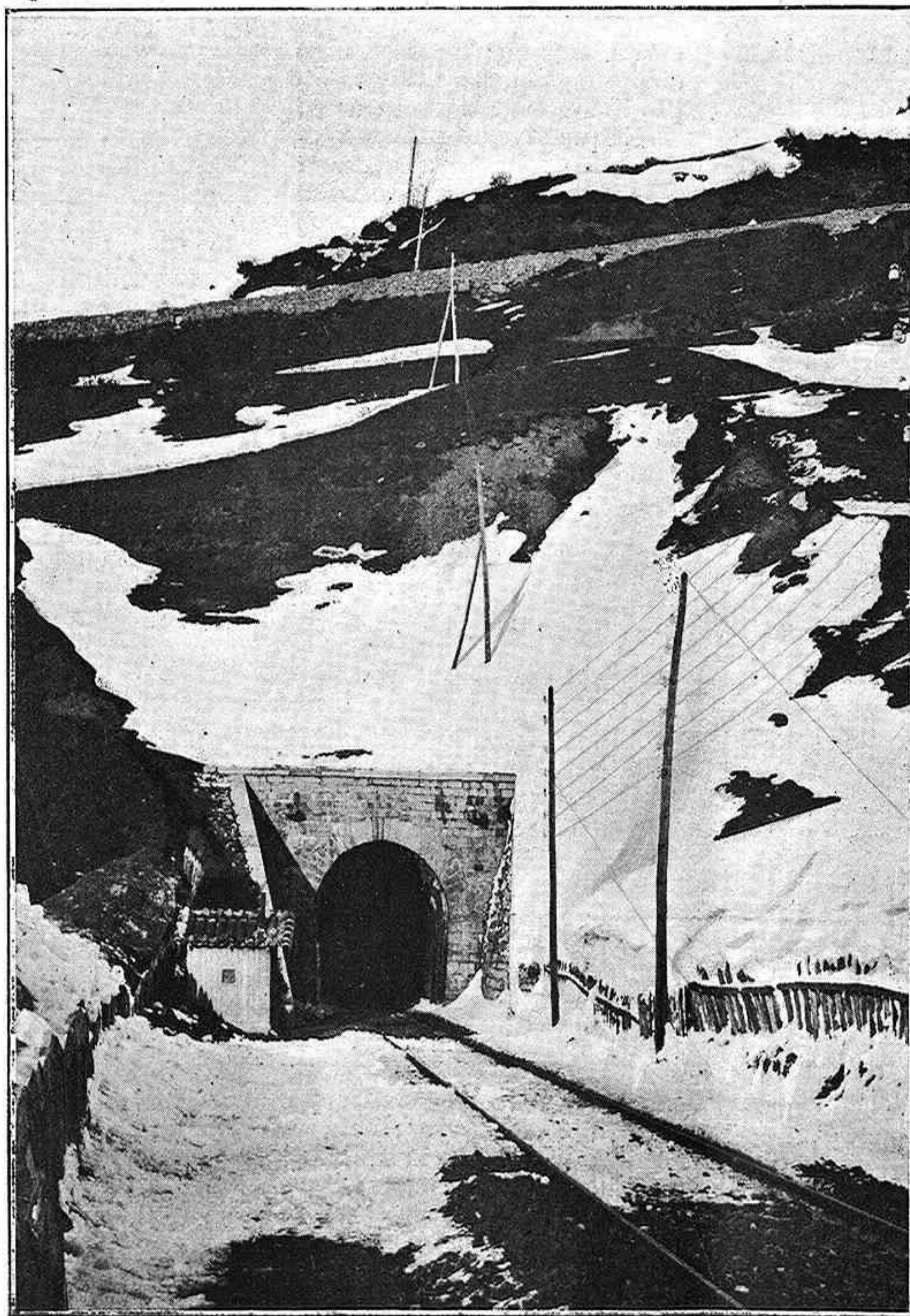
El más fino gracejo rebosa en las páginas del libro de *Palique*.

«Cosas de la luna,» «¡Buen crítico!» «El examen del novio,» son cuentos escritos en verso *fácil*, agradable, que hacen recordar por sus desenlaces las famosas *baturradas* de Gascón; «¡Daina vidaya!» es un boceto de costumbres asturianas, trazado con mano de maestro.

Entre los cantares los hay hechos con verdadera *fortuna*.

He aquí la muestra:

Es mi amor como el teléfono  
en un día de tormenta;  
yo estoy llamando, llamando  
y la central no contesta.



Puerto Pajares.—Boca de un Túnel

tes y petaca y fosforera de plata oxidada y brillantes.

¡Si sabría tus traiciones  
la cuerda de mi guitarra,  
que al cantarte yo la copla  
iba saltando de rabia!

Se pasa un rato muy agradable leyendo *Aires Colados*.

## BODAS

Se ha verificado el enlace de la bella y distinguida señorita Josefina Macua y Carrizo, hija de los marqueses de San Juan de Nieva, con D. Alberto Alvarez Hernández.

Celebróse la ceremonia nupcial en la capilla de la casa que en Avilés tienen dichos señores.

Fueron padrinos la señora marquesa viuda, madre de la novia, y D. Antonio Alvarez Valdés, padre del novio.

La gentil Josefina ostentaba un magnífico terno de *crepé de china* con encajes de Venecia y muy valiosas joyas.

El novio vestía de rigurosa etiqueta.

Asistieron personas de la familia y algunos íntimos amigos.

Los recién desposados han salido de viaje, y después de una larga excursión por el extranjero, fijarán en Barcelona su residencia.

Entre las familias del nuevo matrimonio se han cruzado valiosos regalos.

Del novio á la novia: pulsera de 15 brillantes engarzados en artística montura al platino, una sortija con brillantes y esmeraldas; soberbio broche de brillantes y oro, unos artísticos gemelos de teatro de concha con monturas de oro.

El novio á su futura mamá política, una joya valiosísima que consiste en un imperdible, representando una corona de marquesa, con brillantes, esmeraldas y rubíes.

A sus futuros hermanos políticos, lazo de oro y brillantes; pulsera de oro y brillantes; artísticas cadenas y medallas de oro, estuche con petaca, fosforera y colgante de plata; y una cartera de piel de foca con incrustaciones de plata.

El padre del novio, á la novia: preciosos pendientes de brillantes y collar de brillantes y rubíes.

Las hermanas de la novia á Josefina, cadena y dige de oro y brillantes.

El hermano del novio á la novia, bolsillo de oro y cadena.

La novia al novio: sortija con dos brillantes y una esmeralda y una botonadura de oro y brillantes.

El padre del novio, á éste soberbio alfiler de brillantes.

Las hermanas de la novia al novio, alfiler de oro con una perla.

La novia á los futuros hermanos políticos, dige de oro y brillantes.

De sus amistades recibieron los siguientes:  
Exma. Sra. Marquesa de San Juan de Nieva, riquí-



simo estuche que contiene un juego de tazas de plata, para café.

Sra. D.<sup>a</sup> Cristina Hernández, viuda de Alvarez, tía del novio, un caprichoso mueble con vajilla completa de plata.

Sra. D.<sup>a</sup> Virgilia Alvarez, hermana del novio, juego para dos personas, de plata, para café.

Sra. D.<sup>a</sup> Cástula H. viuda de Marpluy, valiosísimo centro de plata y oro.

Sr. D. Ramón Alvarez Hernández, un estuche con seis saleros de plata repujada y oro.

Sr. D. Julián Menéndez de Luarca y señora, juego de tocador de plata y ceniceros.

Sr. D. José María F. Ladreda y señora, tarjetero con tapas de plata.

Sr. D. Rafael Llanes Alonso, un tarjetero con tapas de plata repujada.

Sr. D. Cayetano de Prada y señora, un bonito estuche con un servicio de plata y oro, para caldo y para una sola persona.

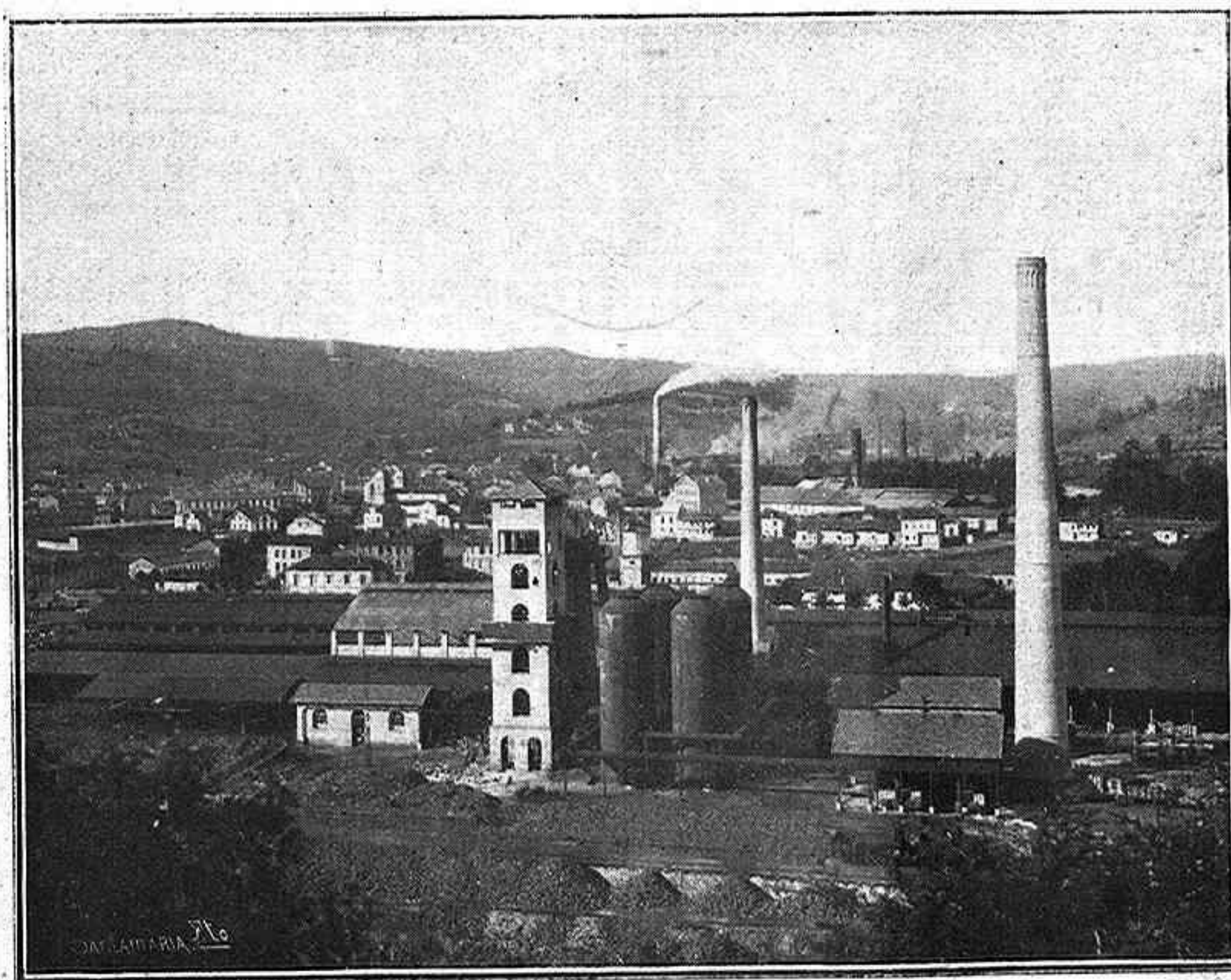
Y otros muchos que nos es imposible enumerar.

\*\*\*

En Panes han unido sus destinos D. Gabriel Tomás y D.<sup>a</sup> Encarnación Iturbe.

Bendijo la unión el coadjutor D. Severino Fernández Cabo.

\*\*\*



Fábrica de Duro.—Vista de la Felguera

En la parroquial de Buelles bendijo el párroco don Julio Gutiérrez, la unión de D. Alejandrino Cordero y doña María Virtudes Cordero.

\*\*\*

En Siejo han contraído matrimonio D. Saturnino Cordero García y D.<sup>a</sup> Sinfrosa Fernández Lizama.

## La Alabanza

Pero ¡qué pícara condición la nuestra!  
Censuramos la alabanza, vituperamos al adulador y sin embargo, á todos nos gusta que nos den una manita de barniz de cuando en cuando.

Y es preciso que seamos francos: la alabanza es una cosa sabrosísima, agradable, conveniente, útil.

¡Cuántas voluntades ha unido un elogio á tiempo!

No hay sinó considerar que el noventa por ciento de los matrimonios han tenido su origen en una alabanza, en un «¡qué bonita eres!» y ya ve usted, se ¡casan también las feas!

¿Quiere usted ganarse la voluntad de una chica? ¡Echela V. un piropo!

¿Quiere usted hacerse amigo de un hombre? ¡Alabanza en él!

¡Aunque no sea verdad, aunque no haya motivo para ello! Después de todo ¿qué más dá?

Y crea V. que sin alabanza no se puede vivir.

Sobre todo para ciertas personas, para ciertos caracteres, es la alabanza tan necesaria á la vida, como el alimento.

Yo no sé lo que tiene, que cuando uno la recibe parece así como que le recorre el cuerpo un grato placer, una corriente de felicidad sólo comparable con la que se experimenta cuando á uno le ascienden, ó cuando le toca el premio gordo, ó cuando está en vísperas de casarse...

Y es que para hacer las cosas en este mundo se necesita algo que impulse, algo que aliente ¿y qué aliciente más eficaz, más grato y más económico al propio tiempo encontrarán ustedes?

El que vive de su ingenio, el que gobierna pueblos, el que trabaja en un taller, todos, todos deben una gran parte de su progreso personal á la alabanza.

Porque uno no puede ser juez de sí propio, y siempre necesita otro que le diga: «eso está bien hecho», «vale V. mucho», «sea enhorabuena».

Y que es cosa superior la alabanza, lo prueba lo mucho que se ha popularizado. ¿Quién de ustedes será tan desgraciado que no tenga por lo menos una docena de personas que de cuando en cuando le echen sus piropos?

Aquí se han fundado periódicos exclusivamente para alabar. ¿Necesitaré citarlos?

Pues á buen seguro que no se acostarán ustedes ninguna noche sin haber leído cien noticias de esas en que es protagonista un celoso funcionario que nunca va á la oficina, un distinguido escritor á quien nadie conoce, ó un inspirado artista que compra la inspiración hecha.

Nosotros los periodistas hemos andado muy cuerdos en re-

buscar para el público adjetivos halagüeños, de esos que cuando uno los ve impresos se regocija, porque dice: «yo soy público, luego soy ilustrado, inteligente».

¿Y cómo corresponde el público á estas finezas nuestras? Con mayor fineza si cabe.

Entren ustedes en un teatro en noche de estreno y verán aplaudir y llamar á escena al autor de una obra que no merece tal alabanza, puesto que á los dos días desaparece del cartel.

De lo útil de la alabanza pueden ustedes convenirse con mirar á la sociedad, al alabado y al alabador (que hay oficio de eso; sí señores míos).

El que recibe las alabanzas anda satisfecho y cuellierguido, el que las prodiga anda gordo, tiene un duro en el bolsillo y alcanza cuanto pretende.

¿He dicho también que la alabanza era económica?



Pues he dicho bien. ¡A mi por tres cafés y tres cigarros del estanco me elogiaron una vez todas mis obras pasadas y me prodigaron mucho bien de las futuras.

Y aún puede hacerse eso con más economía. Tengo varios amigos que para no gastarse un cuarto en alabanzas se elogian ellos á sí mismos.

Y ¡vaya usted á decirles que la propia alabanza envilece!

M. M.

---

## La Cocina de "EL BRILLANTE"

### Para nuestras LECTORAS

En San Esteban se abrió en el pasado mes de Agosto un *restaurant* que está haciendo furor.

Acreditóse desde el primer día que abrió al público sus puertas, y puede decirse que *todo Právia, todo Grado, todo Oviedo* y media Castilla han pasado ya por «El Brillante», saboreando los riquísimos manjares que allí se sirven *¡por tres pesetas!*

El jefe de cocina es Perico Francos, un vallisoletano que tiene *manos de plata*, y que sabe complacer al más exigente *gourmet*.

Hace días celebramos una *interview* con dicho Pedro y ha sido tan atento que conociendo nuestra intención nos dijo:

—Yo les haré algunas recetas para que vayan publicándolas en la Revista.

Efectivamente, hemos recibido dos días después las recetas que á continuación publicamos, con la promesa de que no nos faltarán otras tantas para cada número.

### Sopa de 'Lord Maire'

Se cuecen á fuego lento durante cuatro horas, en cuatro litros de agua, cuatro orejas y cuatro manos de cerdo, añadiendo un poco de perejil, apio, tomillo y cebolla.

Transcurridas las cuatro horas se sacan del caldo las orejas, dejando las manos que cuezan otro par de horas. Se cuele después el caldo, se deja enfriar y se le quita la grasa que se solidifica en la superficie. Se repasan los huesos de orejas y manos y la carne de unas y otras se parte en trocitos y se tapan en una tartera.

En una cacerola se derrite un cuarto kilo de manteca de vaca, á fuego lento también, revolviéndola con harina de buena clase, cuidando que no se espese demasiado ni tome color la harina. Sin separar la cacerola del fuego y sin dejar de revolver con una cuchara de boj, se va añadiendo el caldo preparado anteriormente, y cuando ya está todo el caldo en la cacerola se añade la carne de las orejas y manos, añadiéndole perejil, hierbabuena y laurel, picado todo muy menudito.

Mezclado todo se le agrega unas copas de vino de jerez y se deja en ebullición durante un rato. Algunos cocineros agregan á esta sopa unas albondiguillas de jamón y gallina que preparan separadamente.

### Pepitoria de Perdices

Cortadas en cuatro pedazos las perdices se rehogan en manteca de cerdo sobre fuego vivo, espolvoreándolas con harina cuando están doraditas.

Colocadas en una cacerola se mojan con una copa de vino blanco de buena clase y medio cuartillo de agua, añadiendo cebollitas, setas, un poco de ajo y otro poco de apio.

Se cuece á fuego lento una hora, se coloca después el manjar en una fuente y se introduce en el horno, cubriéndolo con una hoja *muy fina* de tocino, y allí se tiene treinta minutos á fuego lento.

## Langosta al Chocolate

Se rehogan en aceite muy fino cebollas muy picadas, perejil, pimienta, clavo y canela. Se agrega media onza (ó una, según el número de comensales) de chocolate pulverizado, y se añade caldo del puchero y una copa de buen vino de jerez.

La langosta, *medio cocida* de antemano, se parte en trozos que conserven su parte de caparazón, y se concluye de cocer á *fuego lento*, con la salsa ya preparada.

Cuando se está cociendo debe taparse la cacerola con una sartén, poniéndole fuego encima.

---

## UN ARTISTA ITALIANO

### Don Augusto Bonelli

Hemos tenido el honor de recibir la visita del famoso dibujante señor Bonelli, que ha venido á Asturias animado por las relaciones que de nuestros paisajes le hicieron otros artistas, y es admirador entusiasta de las bellezas de esta región.

El señor Bonelli hace á pluma paisajes, retratos y toda clase de trabajos con un gusto y una corrección admirables.

En Právia, donde reside accidentalmente, le han encargado retratos, varias distinguidas personas, lo cual hará que el afamado artista se detenga más tiempo entre nosotros.

---

## La Ilustración en Asturias

### ACADEMIA DE SANTO DOMINGO

*Preparatoria para el ingreso en las Escuelas Militares y de Ingenieros Agrónomos, de Minas y de Montes*

#### OVIEDO

Es ésta la más importante por no decir la única que existe en Oviedo, y, en el interés de los padres de familia, hemos creído conveniente dedicarle estos breves apuntes, á cuyo fin hemos tenido el gusto de visitar este centro docente establecido en la calle de Santo Domingo, núm. 1, siendo muy cortésmente recibidos por sus directores y propietarios.

La Academia cuenta con un espacioso local y clases anchurosas y bien ventiladas y dispone de un material docente apropiado á la enseñanza que en ella se dá.

Ésta comprende, principalmente, todas las asignaturas necesarias para las carreras que hemos mencionado anteriormente, habiendo clases especiales para el ingreso en el *Colegio General Militar*, en las Escuelas de Ingenieros Agrónomos, de Minas y de Montes, y clases de las asignaturas de la *Facultad de Ciencias* que tiene validez para el ingreso en las Escuelas de Ingenieros de Caminos é industriales, así como para los alumnos que se preparan para las carreras de Ayudantes y Sobrestantes de Obras Públicas.

Las horas de clase están combinadas con las de la



Facultad de Ciencias, de manera que los alumnos puedan asistir también a las clases de la Universidad, sirviéndoles en este caso de repaso las que toman en la Academia.

Las clases de matemáticas aplicadas á la ingeniería, que constituyen necesariamente la parte más importante de la enseñanza de esta Academia, corren á cargo de los Directores D. José M. de las Alas y don José Mera, el primero de los cuales, licenciado en derecho y autor de varios tratados de matemáticas tiene gran experiencia en la preparación de alumnos para ingreso en las Academias Militares, habiendo dirigido durante largo tiempo la Academia preparatoria de Toledo, mientras el segundo posee el título de Ingeniero militar.

El dibujo, que tan importante papel desempeña en estas carreras, es también objeto de una atención especial, estando las clases á cargo de dos reputados profesores.

Se dan además clases de idiomas, principalmente de francés y de alemán, estando también estas clases dirigidas por profesores de acreditada competencia en las lenguas vivas.

La enseñanza que se da en esta Academia ha producido los mejores resultados, como lo prueba el gran número de alumnos en ella preparados que han ingresado en la Academia Militar, en la Escuela de Minas y en la Facultad de Ciencias.

Buena garantía de su éxito es el hecho de ser dirigida por hombres de tan esciarcidos méritos.

Recordaremos especialmente que, durante el periodo de la anterior «Academia General Militar de Toledo,» ingresaron en ella más de cien aspirantes, procedentes de la Academia preparatoria que en dicha capital tenía establecida D. José M. de las Alas.

La Academia de Santo Domingo, que prosigue el camino emprendido por aquella institución, ha sido reforzada aún por los conocimientos técnicos del ingeniero Sr. Mera, y pueden esperarse de ella resultados no menos sorprendentes.

Tenemos mucha satisfacción en poder recomendar este centro docente á los padres de familia que deseen dar á sus hijos una instrucción preparatoria para el ingreso en las Academias Militares y Escuelas de Ingenieros, con fundadas esperanzas de éxito, pues los cuatro años que cuenta de existencia son una garantía más que suficiente para que pueda ser recomendado con entera confianza.

## SECCIÓN PROVINCIAL

*Oviedo.*—Cumpliendo lo que disponen los Estatutos capitulares verificó el Excmo. Cabildo de la Catedral la elección de Magistral.

Fué nombrado para dicha prebenda, después de brillantísimos ejercicios, el Dr. D. Angel Regueras, catedrático del Seminario y Provisor que fué de la Diócesis.

La Corporación capitular merece muy sinceros plácemes por haber designado para el cargo referido á un sacerdote en quien se encuentran hermanadas la ciencia y la virtud.

La noticia fué muy bien recibida en toda la provincia.

El nuevo prebendado tomó ya posesión, dando fé del acto el secretario del Cabildo Sr. de la Villa Pajares, y siendo testigos los Sres. Pérez de Ayala y Cane



QUIRÓS.—Vista de San Salvador.—Pico del Gorrión

lla, Alcalde de Oviedo el primero, y el segundo Virector de la Universidad.

*Pintoria.*—Hasta ahora, desde tiempo, los vecinos de este pueblo extraían arena y carbón del que arrastraba en el *Uerón* de Piedra-llosa, sin que á nadie se le ocurriese que dicho *Uerón* podía ser una propiedad particular.

Pero de repente le salieron dos dueños.

Nada menos que dos ciudadanos se creen con derecho al *Uerón* y se lo disputan judicialmente.

¡Ya verán ustedes como va á resultar de la curia el tal *Uerón*!



*Mieres.*—Ha sido trasladado á Trubia el jefe de la estación del ferrocarril, D. Fernando Esteban.

El Sr. Esteban que tiene simpatías generales en Mieres, fué obsequiado por los empleados del ferrocarril en aquella estación con un banquete de despedida.

\*\*\*

En breve se inaugurará el círculo «La Juventud de Mieres», que cuenta ya con cincuenta socios.

Ha sido elegida la siguiente directiva:

Presidente, D. R. García.  
Secretario, D. Senén Feito.  
Vicesecretario, D. Maximino Blanco.  
Tesorero, D. José Garrido.  
Bibliotecario, D. Secundino Bernardo.

Dícese que la inauguración será un acto importante.

*Muros.*—Después de pasar una corta temporada entre nosotros, han regresado á Murcia D. Juan Peñafiel y su distinguida hermana Adela.

Dejan en esta villa muchas simpatías.

Celebraremos que les haya sido agradable la estancia aquí y que en el próximo verano podamos saludarles nuevamente.

*Somado.*—Ha regresado á Matanzas (Cuba), nuestro muy querido amigo y corresponsal en aquella ciudad D. Braulio Arango.

Celebraremos que tenga feliz viaje, que halle bien á su familia y que quede *avezao* á venir todos los años.

*La Arena.*—Muy difícil sería hacer una reseña de la romería de San Telmo.

La procesión por la ría ha sido un espectáculo que no puede describir nuestra pluma.

Nuestros lectores podrán formarse una idea de lo que ha sido, cuando vean los grabados que en el próximo número publicaremos.

Un gentío inmenso vino de Oviedo, Grado, Trubia, Pravia, Soto, Cudillero, Avilés, etc., á contemplar aquel espectáculo maravilloso.

## ASTURIAS INDUSTRIAL

### Sociedad Anónima "TUDELA VEGUÍN"

#### Fábrica de Cemento Portland

#### OVIEDO

La Sociedad Anónima Tudela-Veguín, cuyo domicilio social se halla establecido en Oviedo, fué fundada en 1898 con un capital de dos millones de pesetas, completamente desembolsado. Su fábrica se halla situada en el punto denominado Tudela-Veguín, á 11 kilómetros de Oviedo, y ocupa una gran extensión de terreno que recubren diez edificios; está dispuesta para producir más 20,000 toneladas anuales, perteneciendo sus hornos, aparatos, máquinas y depósitos á los sistemas más modernos y perfeccionados.

En ella se encuentran varios secaderos, un taller de preparación, una central eléctrica, un taller de conclusión, grandes silos ó depósitos, un edificio destinado á las calderas, un taller de reparaciones y otro de carpintería, dos hornos sistema Gobbe y otros hornos rotativos que constituyen la última creación en esta industria. Existe también un laboratorio químico, al frente del cual está un inteligente químico, efectuándose en él diariamente análisis que aseguran la uniformidad de la fabricación.

La fuerza motriz está suministrada por dos turbinas á vapor Laval de 200 HP. cada una, y una turbina hidráulica de 300 HP. aparte de varios motores eléctri-

cos que reciben su impulso de las dinamos establecidas en la Central propia de la fábrica.

El personal se compone de unos 180 operarios que trabajan bajo la acertada dirección del distinguido ingeniero D. Buenaventura Junquera.

La instalación de esta fábrica es verdaderamente notable, y puede decirse que no desmerece de las mejores del extranjero. Como complemento posee una línea de empalme con la general de la Compañía del Norte que pasa cerca del establecimiento, pudiéndose de esa manera cargar los vagones en los mismos almacenes.

Los cementos Portland Tudela-Veguín son reputados con justicia como los mejores de toda España, y su marca es hoy día conocida no sólo en todas las regiones de la Península sino también en varios países de Ultramar, especialmente en Cuba y en otras repúblicas de la América del Sur.

Estos cementos adquieren una gran dureza, pudiendo emplearse con toda confianza en las obras que exijan la mejor calidad de cemento, ya sea al aire libre, ya en agua dulce ó del mar, así como para los trabajos de hierro y cemento. Reunen excelentes condiciones para la fabricación de la piedra artificial por su gran resistencia y uniforme colorido, y tienen aplicación preferente en las construcciones de cemento armado y todas aquellas obras que necesitan gran resistencia.

Los cementos Tudela-Veguín son empleados por los constructores de mayor renombre de España, por los principales contratistas maestros de obras y por gran número de fabricantes de baldosas, piedra artificial, mármol comprimido y artículos similares en cuya fabricación se emplea el cemento.

Entre las muchas obras en las cuales se han utilizado estos cementos, figuran las del Puerto del Musel, en Gijón; de la Ría de Villaviciosa; las de la Compañía del Porvenir, de Zamora; de la Constructora, Gijón; sobre la cual hemos publicado un extenso artículo; del Ferrocarril Vasco-Asturiano, del Ferrocarril de Gijón-Lieres-Musel, de los Ferrocarriles Económicos de Asturias, y todas las obras que ejecuta la Compañía de Construcciones cuyo director general, el distinguido ingeniero D. José Eugenio Ribera, ha reconocido la superioridad de los Cementos de Tudela-Veguín y los emplea, con exclusión de cualquier otra marca.

Después de cuanto brevemente hemos expuesto sobre la Sociedad Anónima Tudela-Veguín, que constituye uno de los mejores triunfos de la industria nacional española, nos complacemos en publicar, á continuación, la lista de las personalidades que forman su Consejo de Administración, á cuya inteligencia y reconocida honradez se debe el estado de prosperidad que ha alcanzado esta empresa.

Presidente, D. Jerónimo Ibrán, cuyo nombre no será seguramente desconocido de nuestros lectores por figurar en el Consejo de Administración de varias empresas que hemos descrito en Oviedo y Gijón.

Administrador-Delegado, D. Domingo Juliana, que es también Consejero de importantes sociedades, siendo además uno de los fundadores de la «Sociedad Azucarera de España.»

Secretario, D. Elías Masaveu, Banquero y Consejero de importantes sociedades.

Director, D. Buenaventura Junquera, Ingeniero.

Apoderado de la Dirección, D. Benigno Bances, que hemos visto también figurar como Consejero en varias importantes empresas asturianas.

Todos ellos merecen sinceros plácemes por haber sabido dotar á España de un centro industrial tan importante para la producción de un producto que constituye la base de la moderna edificación y en el cual este país ha dejado hoy día de ser tributario del extranjero.



## NECROLOGÍA

**Han fallecido:** en su casa de Somado, tras larga y penosa enfermedad, el general D. José Iriarte.

Era sevillano, pero enamorado de las bellezas del país, donde había nacido su señora, adquirió en él terrenos y construyó un hermoso *chalet*, en el cual pasaba largas temporadas.

Por su afable carácter era muy querido de todo el vecindario.

Presintiendo su próximo fin hizo construir un panteón en el cementerio de Muros, y aún no estaba terminado cuando entregó su alma á Dios, el bondadoso general.

\*\*\*

En Muros D. Robustiano Muñiz; opulento capitalista que por espacio de muchos años había residido en Matanzas, donde tenía muchas propiedades.

El cadáver del señor Muñiz recibió sepultura en el panteón de familia.

\*\*\*

En Madrid D.<sup>a</sup> Faustina Rodríguez, esposa de don Ecequiel de Selgas.

El cadáver de la respetable señora fué traído al Pito y sepultado en la capilla de los señores Selgas, de donde será trasladado á la cripta de la magnífica iglesia que construyen dichos señores.

De la corte vinieron acompañando el cadáver don Fortunato de Selgas, el coronel Concha y el diplomático señor Vallín (D. Cristóbal).

\*\*\*

En Alles (Peñamellera) D. Diego L. Díaz del Villar persona muy conocida y apreciada en aquella región.

\*\*\*

En Pola de Laviana D.<sup>a</sup> Elena Areces, viuda de Rosal, amantísima madre del arcipreste-párroco de aquella villa.

\*\*\*

En Gijón, el Sr. D. Félix de Goicoechea.

Era catedrático de idiomas en el Instituto de Jovellanos desde hace más de treinta años.

Su viuda D.<sup>a</sup> Francisca Solís, y sus hijos D. Jesús y D. Amado han recibido pruebas inequívocas de lo mucho que en Gijón se apreciaba al finado.

\*\*\*

En Avilés, la hermosa niña Angelina, hija de don Nicasio Olamendi, y nieta del conocido almacenista don Manuel Gutiérrez.

\*\*\*

En Villamejín (Proaza), la señorita Luisa Palacio y González, perteneciente á familia muy apreciada en dicho pueblo.

\*\*\*

En Oviedo, á la avanzada edad de 88 años, el respetable comerciante D. Juan Alesón, fundador de uno de los mejores almacenes de tejidos que hay en la capital de la provincia.

Era castellano y había venido á Asturias hace más de cincuenta años.

\*\*\*

En la misma ciudad la viuda de D. Pedro San Román, madre de los conocidos industriales y comerciantes D. José, D. Celso y D. Manuel.

\*\*\*

En Bárcena (Teverga), D. Diego de Miranda y Carballo.

\*\*\*

En Llanes D.<sup>a</sup> Guadalupe Pedregal, esposa del conocido comerciante D. José Sordo.

\*\*\*

En Cangas de Onís D. Valentín Garro de la Viña, á cuyo entierro acudió numeroso gentío

Llevaban las cintas del féretro el diputado provincial Sr. Laria, el médico Sr. Valdés y los señores don Benito Carriedo y D. Faustino Blanco.

Un duelo de señoritas, formado por Sara Laria y Silveria y Secundina Frade seguían al ataúd.

Y formaban el duelo de familia D. Diego Sánchez, don José Dosal y D. José Cuesta.

\*\*\*

En la Arena (Soto del Barco) D. Romualdo González, propietario y armador de lanchas pesqueras.

Era persona muy apreciada en toda la región.

A acompañarle á la última morada, acudieron numerosos amigos.

\*\*\*

En Noreña, D. Edelmiro Balbona Colunga.

Tenía 34 años, había permanecido 18 en Cuba, donde contrajo la enfermedad que le llevó al sepulcro, y merced á su afable trato tenía numerosos amigos que lloran hoy su pérdida.

\*\*\*

En Cáceres, de cuya Audiencia territorial era presidente, el Sr. D. Mariano Díaz Laspra.

Nació en Oviedo, estudió Derecho en aquella Universidad, donde llegó á ser docto profesor auxiliar, y fué Alcalde de la ciudad y diputado provincial.

Era íntimo amigo del marqués de Teverga, á quien representó en Oviedo antes de ingresar en la Magistratura.

\*\*\*

En Málaga, donde esperaba hallar alivio para su salud, quebrantada por traidora dolencia, dejó de existir nuestro amigo D. Jesús Arango, ilustrado profesor de instrucción primaria que por su talento, laboriosidad y cultura honraba al magisterio español.

Había viajado bastante por el extranjero, estudiando los adelantos pedagógicos en países que marchan á la cabeza del mundo civilizado.

Era joven de grandes alientos é iniciativas.

En Grado, en sociedad con el conocido comerciante Sr. Barredo, había montado una fábrica de frutas en conserva.

A dicha industria dedicaba el Sr. Arango los ratos que le dejaban libre las tareas profesionales, venciendo, gracias á su tenacidad, las dificultades con que tropieza toda empresa nueva, y logrando acreditar en España y en América «*La Flor de Candamo*», nombre de la fábrica.

Con verdadera pena recibimos la noticia del fallecimiento del laborioso é ilustrado amigo.

Reciba su familia, en particular su hermano don Benigno, nuestro compañero en la prensa, la sincera expresión de nuestro sentimiento.

\*\*\*

En Campo de Caso, D. Ramon Vega y Vega, persona muy respetada y querida en toda aquella región.

Había permanecido bastantes años en Artemisa (Cuba) donde merced á su laboriosidad y talento alcanzó brillante posición.

Allá y acá, en Cuba y en Asturias, fué siempre el Sr. Vega un cumplido caballero y el paño de lágrimas de cuantos á él acudían demandando protección.

Al entierro del bondadoso D. Ramón, asistió un numeroso gentío.